

**POESÍAS**

DE

**M. FERNÁNDEZ RUANO**

2 to - 205p - 1 to

2 to - 174p - 1 to

Publicadas á expensas del  
Excmo. Ayuntamiento de  
Córdoba por acuerdo de 13  
de Agosto de 1888.

22 cm

R. 77.577



M. FERNÁNDEZ RUANO

---

COLECCIÓN DE POESÍAS

PUBLICADAS Á EXPENSAS

DEL

Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba

PRECEDIDAS DE UN PRÒLOGO DEL

Sr. D. Francisco de B. Pavón

Cronista de la Ciudad



---

TOMO III

---

CÓRDOBA

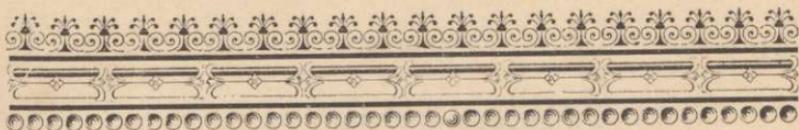
IMPRESA Y PAPELERÍA DE "LA UNIÓN"

1892



POR QUÈ TE LLAMAS DOLORES





## POR QUÈ TE LLAMAS DOLORES

### LETRILLA

**S**i eres bella, pura,  
elegante y joven;  
si como las ondas  
de arroyo entre flores  
los dulces instantes  
de tu vida corren;  
si de día sientes  
gratas emociones  
y dorados sueños  
te halagan de noche,  
*¿por qué razón, dime,  
te llamas Dolores?*

Si cándida el alma,  
como los fulgores  
de la blanca luna,  
tal vez no conoce  
los hondos pesares  
que la mente absorven

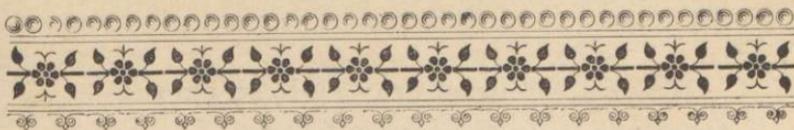
y amargos oprimen  
nuestros corazones;  
si miras el mundo  
con bellos colores  
á través del prisma  
de las ilusiones,  
*¿por qué razón, dime,  
te llamas Dolores?*

Si tú no eres presa  
de la euvidia innoble;  
si la hiel del ódio  
tu pecho no esconde;  
si el fuego no sientes  
de las ambiciones  
que incesantes turban  
la paz de los hombres,  
*¿por qué razón, dime,  
te llamas Dolores?*

Tal vez de tu rostro  
los ardientes soles  
que á encender bastaran  
el mármol y el bronce,  
á tiernos donceles  
en castos amores  
activos inflaman  
y á su cuello ponen  
la ansiada cadena  
que jamás se rompe,  
dándoles tormentos  
que envidian los dioses:  
*¡por eso, sin duda,  
te llamas Dolores!*

A D. Manuel Bretón de los Herreros





## A D. Manuel Bretón de los Herreros

---

**E**L siglo pensador que de su aliento  
llenara el mundo, ufano en su misión,  
pidió al que tiene sobre el sol asiento  
un ilustre benévolo Mentor,

que siguiéndole osado en su carrera  
de inmensa gloria, con ardiente sed,  
el vicio, con sonrisas, corrigiera  
en las horas del ocio y del placer.

Dios lo concede, y el divino empleo  
Bretón acepta; y en su noble afán,  
logra hacer del festivo Coliseo  
trono de luz y escuela de moral.

Con risa el hombre se miró á sí mismo:  
sus faltas vió con saludable horror:  
marcado halló con flores el abismo,  
mas fué discreto y del abismo huyó.

. . . . .

Hoy ya inclina el gran siglo su cabeza  
trastornada en el báquico festín:  
anciano es ya; su colosal grandeza  
puede apenas legar al porvenir.

Hōy buscamos la risa por la risa,  
que sólo nuestro Dios es el placer;  
¡Bretón huye con gloria!... ¡estrellas pisa!  
¡Lloremos por nosotros... y por él!



A la memoria de la distinguida Señora

Doña Rafaela Fábregues de Valdelomar

BARONESA DE FUENTE DE QUINTO.





Á la memoria de la distinguida

Sra. D.<sup>a</sup> Rafaela Fabregues de Valdelomar

BARONESA DE FUENTE DE QUINTO

I

ÁNGEL DE CANDOR

Los ojos riendo abrió  
á la luz de la existencia;  
y entre sueños de inocencia  
la vida fugaz pasó.

Bello lirio del Abril  
dió su aroma celestial;  
los abrojos de un erial  
trocó en flores de un pensil;

Y derramando sus manos  
los bienes con profusión,  
supo que los hombres son  
cual hijos de Dios, hermanos.

## II

## ÁNGEL DE AMOR

El amor fué la verdad  
que su pecho conoció,  
y en torno suyo exhaló  
auras de felicidad.

La ventura de su esposo  
supo hacer con alta ciencia  
y jamás en su presencia  
faltó la paz y el reposo;

Pues entre afanes prolijos,  
dando saludable ejemplo,  
hizo de su casa un templo  
é hizo buenos á sus hijos.

## III

## ÁNGEL DE DOLOR

Del dolor la ley fatal,  
por un misterio profundo,  
mostróle al fin en el mundo  
el fruto acerbo del mal.

Pero su alma noble y buena  
bendice á Dios cuando gime,  
que á la mano que la oprime  
da su aroma la azucena;

Y rasgando el azul velo  
de la divina morada,  
lanzó su postrer mirada  
luz de amor, y voló al cielo.

LA VIDA DEL CAMPO





## LA VIDA DEL CAMPO

### Egloga

SILVIO

**L**as flores de los prados  
no son más bellas que tu faz, bien mío;  
tu acento es más suave  
que el plácido gemir del manso río  
donde van á beber nuestros ganados;  
más que el acento con que trina el ave  
de la verde enramada  
con amor saludando á la alborada.

DELIA

Ese sol que te tuesta la mejilla  
cual si tu ardiente faz le diese enojos,  
Silvio del alma, para mí no brilla  
más que los rayos de tus negros ojos;  
ellos son mi consuelo

cuando despunta la pintada aurora;  
 cuando el sol desplomándose del cielo  
 en purpurinas nubes se evapora,  
 y cuando viene cándida la luna  
 á ver su imagen bella  
 en el terso cristal de la laguna.

### SILVIO

¡Cuán hermoso es vivir, dulce pastora,  
 en medio de los campos placenteros  
 sin más que tu compañía seductora,  
 mi alegre caramillo y mis corderos!  
 Más quiero mi cabaña  
 y del campo los goces inocentes,  
 que de todos los grandes de la España  
 los palacios de mármol esplendentes.

### DELIA

¿Y qué nos falta, dí? ¿Quieres alfombras?  
 Vélas aquí de primorosas flores,  
 ¿Música quieres? El cantar escucha  
 de inmensa multitud de ruiseñores.  
 ¿No es el mundo bellísimo palacio  
 bañado en ondas de divina lumbre  
 que tiene de zafir y de topacio  
 la espléndida techumbre,  
 y que ofrece sus pompas y su brillo  
 lo mismo al rey que al pobre pastorcillo?  
 Si lo juzgas así, vive contento  
 en medio de los campos deliciosos,  
 y nunca tornes, de placer sediento,

á la ciudad los ojos envidiosos.  
Mira, mi bien, que la fortuna impia  
hace al rico mil veces desdichado,  
y habrá monarca que trocar querría  
su cetro brillador por tu cayado.

## SILVIO

No temas, Delia hermosa,  
que, loco, yo los campos abandone,  
ni que un solo momento  
de la ciudad las pompas ambicione,  
que aquí cual un arroyo cristalino  
tranquila se desliza mi existencia,  
y tus palabras siembran mi camino  
de flores cuyo aroma es la inocencia.





À LOS HÈROES DEL DOS DE MAYO





A LOS HÉROES DEL DOS DE MAYO

ODA

**D**EIDAD asoladora  
que de sangrienta púrpura vestida  
sobre un trono de escombros te levantas,  
¿quién encendió tu espada brillante  
y encadenó los pueblos á tus plantas?

Guerra, temible guerra,  
mónstruo infernal que con rugir horrendo  
los diamantinos ejes de la tierra  
vas por doquier, soberbia, estremeciendo.  
¿Por qué con saña impía,  
de ponzoña letal el alma llena,  
intentastes manchar en este día  
la brisa pura de la patria mía?

El hijo que en tu furia concebiste,  
el que monarcas mil ató á su carro,  
hollando sus auríferas coronas

como si fuesen despreciable barro;  
 el que doquier dejando roja hue'la  
 llevó su grey hasta el helado polo,  
 hoy nuestros sacros lares atropella  
 de astucia armado y execrable dolo,  
 más que del fuerte acero y la metralla  
 con que á los pueblos doma y avasalla.

Tremendo grito de furor resuena  
 entonces por doquier; la madre España,  
 que en su lecho dulcísimo dormía  
 al delicioso arrullo  
 de sus auras cargadas de ambrosía,  
 alza la frente que el laurel sombrea,  
 súbito ardor su corazón inflama,  
 ¡guerra! grita y se lanza á la pelea  
 cual desbordado mar que ronco brama  
 y en montes por el cielo se derrama.

Armame, España, sí, que la perfidia  
 su artera red á tu nobleza tiende;  
 descubre la traición; ¡lidia, sí, lidia!  
 tu amenazada libertad defiende.  
 La hueste del intruso,  
 en quien puso tu rey su confianza,  
 de tus queridas prendas te despoja  
 y te arranca la flor de tu esperanza  
 con sin igual crueldad, hoja por hoja.  
 Ve tu actitud guerrera y no se agita,  
 oye al león bramar y no se aterra.  
 ¿Quién como yo? cual el arcángel grita.  
 ¿No encadené bajo mis pies la tierra?  
 ¿No la herí con el rayo de la guerra?

Mas vanos contra tí del crudo Marte  
son el poder y el formidable acero;  
que el que tu bien intente arrebatarte,  
te ha de arrancar el corazón primero.  
Los héroes de Sagunto y de Numancia  
la voz escuchan con que tú los nombras,  
y á combatir con el Titán de Francia  
rápidas vuelan sus gigantes sombras,  
que de su dulce sueño postrimero  
despertaron al eco de la liza,  
y fénix del valor del suelo ibero  
vuelven hoy á brotar de su ceniza.

Al santo grito de entusiasmo patrio  
te responde el traidor con tiro aleve;  
mas el nutrido fuego y la metralla  
que entre las filas de tus hijos llueve,  
poner no pueden á su arrojo valla.  
Todos ufanos á la lid se aprestan,  
que darles fe y valor al cielo plugo,  
y con firmeza igual todos detestan  
de Francia altiva el ominoso yugo.  
Hombres, mujeres, en tropel inmenso,  
el tierno infante, el encorbado anciano,  
todos van á la lid, todos se agitan  
y en hórrido turbión se precipitan  
osados á vencer, ó á morir antes  
que vivir en cadenas humillantes.

En vano los intrusos  
con pompa militar desconocida  
ostentan de guerreros mil legiones;  
en vano con horrisonos cañones

el coloso francés airado y ciego  
 hace de su poder sincero alarde.  
 ¡Hijos de España son: no hay un cobarde,  
 y el fuego del cañón no apaga el fuego  
 que en esos pechos valerosos arde!

Pero ¿ceden al fin? ¿Francia guerrera  
 recoge su laurel en sangre tinto  
 y hacinando cadáveres sin cuento  
 de Madrid en el lúgubre recinto  
 quiere escalar el alto Firmamento  
 sin que á sus furias haya quien se oponga  
 ni á su inmenso poder límites ponga?

¡Oh sombra de Gonzalo,  
 ven y á mi cara patria fortalece,  
 que á tu solo recuerdo, de sus hijos  
 el pecho se dilata, el alma crece!  
 Ceniza insigne que animó Pelayo,  
 álzate, vida ten, aliento cobra,  
 lanza de guerra el furibundo rayo,  
 que á tu nombre inmortal prestigio sobra  
 para humillar del Corso la arrogancia  
 y que detengan su atrevido vuelo  
 las poderosas águilas de Francia,  
 que hallan á su ambición mezquino el cielo.

.....  
 Pero la España altiva  
 de Daoiz y de Velarde  
 ¿envidiará valor para las lides  
 á aquella antigua España vencedora  
 que ilustran los Guzmanes y los Cides?

Nunca, no, que luchando y reluchando

mira morir á sus valientes hijos  
su santo nombre firmes invocando;  
y en la esfera eternal los ojos fijos,  
y Dios allá en la altura,  
abriendo sus palacios esplendentes,  
hace ceñir, en premio á su fe pura,  
la corona del mártir á sus frentes.

Sus últimos suspiros  
te dan ¡oh patria! soberano aliento;  
prenda sus nombres son de inmensa gloria  
y es su sepulcro eterno monumento.  
Otras generaciones  
y otros pueblos vendrán sobre esas tumbas  
á llorar en amante paroxismo  
ó á encender en sus nobles corazones  
la llama celestial del heroísmo.

Héroes del Dos de Mayo, vuestro ejemplo  
fué para España el sol de la victoria  
y las puertas la abrió del áureo templo  
do inmarcesible viva su alta gloria.  
Si Cádiz alcanzó bellos laureles  
que eterna admirará la Historia justa;  
si corona inmortal sus hijos fieles  
supieron dar á la ciudad *Augusta*;  
si tras la noche del dolor sombría  
lució feliz un alba placentera,  
llena de luz, de aromas y armonía,  
digno don de la hermosa Primavera,  
vosotros de esa aurora el primer rayo  
sois y la flor primera de ese Mayo.

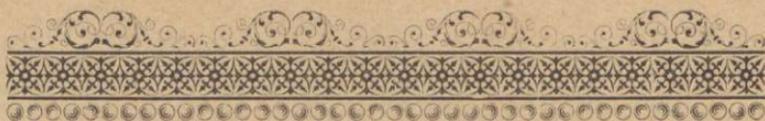
Descansad, descansad y que mi acento

no turbe vuestro sueño deleitoso;  
pero si alguna vez lánguido el viento  
el grito os lleva débil y angustioso  
de España que oprimida  
por bastarda ambición llora su pena,  
vuestras tumbas romped y dad la vida  
y convertid en polvo su cadena.



Un Baile





## UN BAILE

**B**AJO los dorados techos  
de un noble opulento alcázar  
que entre los muros de Córdoba  
su regia frente levanta,

brillante grupo de jóvenes  
en pos del placer se arrastra  
á los mágicos acentos  
de la deliciosa danza.

Cien bellísimas mujeres  
que en sus formas delicadas  
sólo ostentan nieve y oro,  
rosa y azabache y nacar,

sobre la bordada alfombra,  
digna labor de una maga,  
mueven los airosos pies,  
suspensos casi en el aura.

Y parecen devorando

las armonías extrañas  
que la mano del artista  
al dulce instrumento arranca,

ángeles que volar quieren  
al cielo, su amada patria,  
y sienten en aquel punto  
que se evaporan sus alas.

Una entre todas descuella  
cual entre arbustos la palma,  
y de todos los mancebos  
arrebata las miradas.

Sol radiante es su cabello  
que hebras mil de oro desata;  
noche azul sus bellos ojos,  
sus mejillas luz del alba.

Sus palabras seductoras  
hondamente el pecho abrasan,  
y sus miradas divinas  
enloquecen y embriagan.

Su aéreo blanco vestido,  
cual esas nubes livianas  
que envuelven tímidamente  
á las diosas y á las hadas,

respetando los hechizos  
que Ciprina la envidiara,  
deja ver el alabastro  
de su pecho y de su espalda.

Cuando se adelanta altiva

y el desdén su faz retrata  
y su boca de carmines  
brilla con sonrisa amarga,

los tormentos del infierno  
el corazón despedazan  
del hombre que á verla llega,  
porque verla es adorarla.

Mas si humilde se presenta  
y la ebúrnea frente baja,  
fingiendo ocultar el lloro  
de una pasión desdeñada,

todos los tiernos donceles  
que pueblan la bella estancia,  
en torbellino de amores  
van de hinojos á sus plantas.

Un hombre de faz morena,  
cuyos vivos ojos lanzan  
centellas de amor á veces  
ó rápidas llamaradas

de celos y negra envidia,  
nunca esos ojos aparta  
de Clara, que este es el nombre  
de la hermosísima dama,

á quien sigue un joven alto  
y de presencia bizarra,  
pronunciando cerca de ella  
mil amorosas palabras.

Cesa la música luego,

cesa el baile, y ancha sala,  
en cuyo centro aparece  
por el arte preparada,

—cubierta de bellas flores  
y de exquisitas viandas,  
rica mesa que en mil formas  
á los sentidos halaga,

recibe á los convidados  
y á las bellísimas damas,  
en cuyos ardientes ojos  
mil corazones se abrasan.

Y en brindis apasionados  
el fogoso amor se exhala,  
que no cabe ya en los pechos  
y deshace las entrañas.

Aves, peces, dulces, frutas  
sobre vagilla de plata  
se ostentan; hierven los vinos  
en las copas cinceladas,

y después con ardor nuevo  
siguen la música y danza,  
las hechiceras sonrisas  
en bocas que Amor inflama.

Y van y vienen doquiera  
bellísimas oleadas  
de aquel mar de oro y diamantes,  
de luces y de fragancias,

donde en peremne tormenta

los corazones naufragan  
y en congojas de ternura  
ahogadas mueren las almas,

que el vivo fulgor seduce  
de belleza soberana  
y el mágico brillo hiere  
de encantadoras miradas.

Mas, al fin, bañando el cielo  
en tintas de rosa y nácar  
y eclipsando á las estrellas,  
aparece la alborada,

esa deidad peregrina  
á quien los pájaros aman,  
que entristece los salones  
pero alegra las cabañas.

Esa deidad cuya luz  
es la luz de la esperanza  
para los hombres sencillos  
de conciencia recta y sana,

en tanto que los malvados  
huyen temblando al mirarla  
y el traidor acero ocultan  
con sus planes de venganza.

Y aquel festín ostentoso  
también como sombra vana  
disipóse á los primeros  
blandos destellos del alba,

y los jóvenes apuestos  
que el regio salón poblaban  
desparecieron entonces  
con los nocturnos fantasmas.



EN EL ALBUM

De la Excma. Sra. Marquesa de la Corte





EN EL ÀLBUM

De la Excm<sup>a</sup>. Sra. Marquesa de la Corte

---

UN CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

---

**Y**o anhelara en mis versos importunos  
poderos elevar un monumento:  
sólo me es dado referir un cuento  
que dulce encanto de mis noches fué  
cuando entre el blanco velo de la infancia  
de mi madre en los brazos me dormía.  
¡Ojalá vos no halleis, señora mía,  
el sueño seductor que yo encontré!

Hace mil años que quedó en Arabia  
una noble, bellísima matrona,  
ostentando en sus sienes la corona  
que defendiera con bizarro ardor  
por la paz de sus reinos adorados,

por el honor de sus vasallos fieles,  
que cubrieran su planta de laureles,  
y el bien de un hijo, prenda de su amor.

Bajo su cetro gēminó la ciencia,  
tendió sus alas la brillante gloria,  
y al mágico esplendor de la victoria  
fué todo el reino venturoso edén;  
y miraron los árabes absortos,  
junto al límpido hogar de sus mayores,  
entre manto purísimo de flores  
en ricos frutos su anhelado bien.

Pero henchidos de ardor tumultuoso  
los ilustres magnates y guerreros,  
profanaron sus fúlgidos aceros  
en brazos de satánica ambición;  
y la reina infeliz en su abandono  
voló al desierto con su hermoso infante,  
reflejado el dolor en el semblante,  
llanto brotando el noble corazón.

También mil pechos generosos bubo  
que al ver la augusta magestad herida  
siguieron á la reina perseguida  
con el valor que inspira la virtud;  
y lejos de los súbditos traidores  
que la patria de escombros han cubierto,  
marchaban por el áspero desierto  
detestando la vil ingratitude.

Mas entonces el cielo se ennegrece,  
ráudos silban los fieros huracanes,  
despedazan la tierra los volcanes,

ruge doquier la ronca tempestad;  
el hondo trueno retumbando rueda  
sobre la inmensa boca del abismo,  
y parece, en tremendo cataclismo,  
que se acerca la horrible eternidad.

Y en medio del tumulto y las tinieblas,  
los rebeldes caudillos inhumanos,  
en sangre tintas las alevés manos,  
no cesaban sus armas de esgrimir;  
y la guerra en su trono de ruinas  
lívida irguióse con feroz grandeza,  
y alzó pálida el hambre la cabeza  
prorrumpiendo en su eterno maldecir.

Súbito luego se aparece el iris  
tras la luz del relámpago radiante,  
y un inmortal, altísimo gigante,  
cuerpo toma en su nítido color;  
y descende á la tierra desolada  
con sus alas de fuego refulgente,  
ostentando en el nácar de su frente  
regio lauro de olimpico esplendor.

Es el infante que se torna en hombre  
al conjuro de un génio soberano,  
y que lleva, belígero, en su mano  
armas, riquezas, honras y poder;  
y con él vienen la amorosa reina  
que estrechóle en sus brazos maternas,  
los amigos, los súbditos leales  
que no quisieron su adhesión vender.

Y huyeron á su vista los traidores  
ocultando las iras en su seno,

con el vil corazón de espanto lleno  
 y de vergüenza la manchada faz;  
 en bellas flores se envolvió la tierra  
 y el cielo de arrebol en puro manto;  
 cesó doquiera la inquietud y el llanto;  
 reinó peremne la anhelada paz.

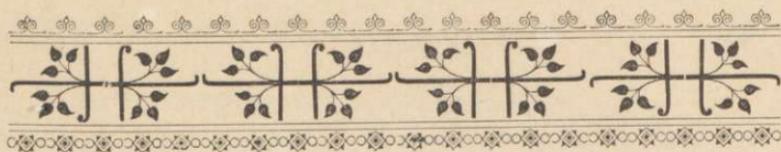
. . . . .  
 Vos no sois hija de la inculta Arabia,  
 vos de la España en el verjel naciste;  
 mas siempre de lealtad modelo fuiste,  
 alto tipo de noble perfección:  
 permitid, oh señora, que os consagre  
 mi humilde canto, si favor merezco,  
 y piense en vos si á la virtud ofrezco  
 un tributo de ardiente admiración.



A LA TEMPRANA Y SENTIDA MUERTE

De la Srta. D.<sup>a</sup> Matilde González Ruano y Luque





A la temprana y sentida muerte  
De la Srta. D.<sup>a</sup> Matilde González Ruano y Luque

~~~~~  
Elejía

**P**OBRE mortal! En vano  
grande, feliz, potente te imaginas.  
Lanzó Dios su anatema soberano  
sobre tu triste raza, y desde entonces  
cercada de agudísimas espinas  
la flor marchita del linaje humano  
vive y muere entre escombros y ruinas.

¡Oh escena de dolor! Númen del llanto;  
presta á mi lira funeral acento  
y sus hondos gemidos con espanto  
trémula por doquier repita el viento!

Vestido el sol de abrasadores rayos,  
nuncio del fiero estío,

iba secando el cáliz de las flores  
de que ornó la risueña primavera  
la plácida mansión de sus amores.  
¿Cuál será la mejor? ¿Cuál la primera  
que haya de herir mi mano furibunda?  
El génio de la muerte preguntaba,  
y oculto tras el velo  
de negras nubes que al mortal robaba  
el puro esmalte y el fulgor del cielo,  
fija la vista en Córdoba tenía,  
do con afán vehemente  
su víctima inocente  
buscaba henchido de soberbia impía.

Radiante de esplendor y gentileza  
una niña miró, blanca paloma,  
nítida flor de celestial pureza  
que inunda el éter de divino aroma;  
luz de los ojos de su amante padre  
que en éxtasis dulcísimo la admira;  
vida y aliento de la tierna madre  
que sólo en ella su esperanza mira;  
de humildad y candor raro modelo,  
de belleza y virtud rico tesoro,  
ángel de amor á quien llamaba el cielo  
á pulsar ante Dios el arpa de oro.

Las negras alas de contento bate  
el fatídico génio furibundo;  
sulfúrea luz derrama de sus ojos  
y estrago por doquier siembra en el mundo.  
Ni una lijera brisa se levanta  
del Bétis en la orilla,

ni con arpada voz el ave canta,  
ni el sol en hebras de diamantes brilla;  
sólo la horrible muerte  
suspendida en los aires centellea,  
y con su inmundo ponzoñoso aliento,  
con el fuego letal de su mirada,  
enciende en rayos el celaje oscuro  
y una centella pérfida descende  
del ángel de candor al seno puro.

Llorad, ¡oh tiernos padres! Eclipsada  
cayó del alto cielo  
de vuestra dicha la luciente estrella.  
Hambrienta espera la insaciable tumba  
el cuerpo inerte de Matilde bella.

Cuando el mundo á sus ojos ofrecía  
doradas ilusiones deleitosas;  
cuando halagüeña la fortuna abría  
á su planta gentil senda de rosas;  
cuando todo enredor la sonreía  
y las gracias volaban amorosas  
en torno de su frente,  
el ángel infernal de la venganza  
súbito fulminó su rayo ardiente  
y ¡adiós vida, ilusiones, esperanza!

Era un querub; el cielo su tesoro  
en ella derramó; más que del ave  
el trino, fué su voz grata y suave;  
mas hermosa que el sol su crencha de oro;  
Abril envuelto en su ligera brisa  
dióla de paz el regalado beso,  
y la Aurora gentil bañada en risa

mirábala con mágico embeleso;  
por verla Mayo separó las flores  
que adornaban su blonda cabellera,  
y encendieron sus flechas los amores  
de aquellos ojos en la dulce hoguera.  
Mas ¡ay! tan puro, tan divino encanto,  
al fin perdióse de la noche oscura  
entre los pliegues del funesto manto;  
sólo nos queda doloroso llanto  
al recordar su célica hermosura.

Hórrida sombra que con mano impia  
marchitaste la flor de la inocencia:  
¿no habrá poder alguno que te obligue  
á revocar tu bárbara sentencia?  
¡Mira la faz en lágrimas bañada  
de la infelice madre que suspira;  
oye la tierna voz acongojada  
del tristísimo padre que delira  
bajo el férreo dogal de sus dolores,  
fija la vista en la postrer mirada  
del ángel de su dicha y sus amores!

¡Oh desdichados seres!  
¡desdichados mil veces...! que en la noche  
exhalarán sus ayes; de la aurora  
mezclarán el aljófara con su llanto!  
Huyeron de sus tiernos corazones  
para siempre las gratas ilusiones;  
perdieron su belleza  
los áureos rayos de que el sol se viste;  
la flor del campo, deshojada y triste,  
perdió también su aroma y su pureza;

y al eclipsarse el astro refulgente,  
hechizo y luz de sus amantes ojos,  
sólo en el cielo quedan negras nubes,  
sólo en la tierra brotarán abrojos.

Gemid, ¡oh tristes padres!  
gemid, llorad; del oprimido pecho  
salga el dolor en abundoso llanto  
y calmará la pena y el quebranto  
del corazón en lágrimas deshecho.  
¡Suspirad en la noche solitaria,  
elevando al Señor Omnipotente  
vuestra amante dulcísima plegaria;  
y cuando suba al cielo por Oriente  
la Aurora en perlas y en fulgor divino,  
las bellas flores de su faz bañando  
las orlas de su velo peregrino,  
rogad vosotros á sus pies llorando!

Cual la rosa gentil que en la mañana  
arrebató la ráfaga bravía  
cuando en su trono de esmeralda ufana  
con su manto que Abril tiñó de grana  
y corona de perlas, sonreía  
á los besos del aura encantadora,  
que *reina de los prados* la decía,  
así la tierna niña, seductora  
rosa de vuestros mágicos pensiles  
que vuestro amor y vuestro hechizo fuera,  
quedó marchita al soplo furibundo  
de la borrasca fiera,  
de su vida en la hermosa primavera.

. . . . .

—¡Adios, mi vida, mi ilusión, mi encanto:  
adios, Matilde mía!  
¡Ay! *para siempre adios!* ¡Oh, cuánto, cuánto  
horror encierra tan cruel palabra,  
que impide que al suavísimo consuelo,  
á la dulce esperanza, hija del cielo,  
el pobre corazón sus puertas abra!—  
grita en sus negras horas de agonía,  
en su congoja fuerte,  
el triste padre, que á raudales vierte  
acerbo llanto de sus mústios ojos  
sobre aquellos carísimos despojos  
sellados por la mano de la muerte.

Mas ¡ay, padre infeliz! ¿quizás olvida  
tu mente, espejo de la luz cristiana,  
que más allá del tiempo hay otra vida  
y otro mundo de esencia soberana,  
donde de Dios bajo la fuerte egida  
el alma pura de esplendor vestida  
con el alado serafín se hermana?

Matilde, angel de amor, que en el Empíreo  
himnos cantas á Dios de gloria llena,  
en tus cándidas manos ostentando  
la palma y la purísima azucena:  
desciende, sí, descende  
en el florido carro de la Aurora;  
ven á templar el hórrido tormento  
del tierno padre que incesante llora;  
ven á bañar en luz su pensamiento,  
y cuando mire la radiante y pura  
aureola inmortal que te rodea,

cuando contemple absorto tu hermosura,  
cuando extasiado tus hechizos vea  
y los brazos te tienda cariñoso  
y de amor desfallezca y se deslumbre  
herido por el brillo soberano  
y el santo fuego de la eterna cumbre,  
con lágrimas de amor, enternecido,  
quizá feliz bendecirá su suerte,  
anhelando besar, reconocido,  
la fatídica mano de la muerte.

. . . . .  
Adios, amigo, adios; calma tu pena  
y treguas pon á tu dolor profundo.  
Si la cándida rosa que admirabas  
marchita queda en la región del mundo,  
en blanca y bella y olorosa nube  
al celestial Edén su aroma sube.

Aún te queda otra rosa que embalsama  
tu aliento, que la dicha te asegura;  
otra fúlgida estrella que derrama  
sobre tu faz la luz de la ventura.  
¿Por qué los triunfos de Matilde lloras  
y te quejas y acusas al destino?  
¿Puedes tú darla el esplendor divino  
de su encumbrado asiento  
y su manto de hermosos arreboles,  
y su corona de dorados soles  
sobre la alfombra azul del firmamento?  
¿Puedes tú darla el fuego en que se abrasa,  
el santísimo amor que Dios la inspira,  
el beso con que á Dios su vida pasa,  
la luz de Dios en que su espejo mira?...

Calma ya tu aflicción; cálmala y ruega  
al infinito Ser Omnipotente  
que cuando en lecho funeral, helado,  
turbios ocultes los inmóviles ojos,  
la yerta faz y la marchita frente,  
el alma de Matilde, luminosa,  
más que el disco del sol resplandeciente,  
á la eterna morada te conduzca  
do nunca pudo penetrar el llanto;  
y entre los ecos del divino canto,  
con diadema inmortal tu rostro luzca  
ante el trono del Dios tres veces santo.



LO IMPOSIBLE

LO IMPOSIBLE





## LO IMPOSIBLE

~~~~~

**A**YER, cuando hechicera sonreías,  
joven y alegre, en mi delirio vano  
te hablaba yo de amor, y respondías:  
—¡Esperad, esperad: aún es temprano!

A las firmes y sinceras protestas  
de la pasión que en mis entrañas arde,  
hoy con glacial desdén tú me contestas:  
—No abrigueis esperanzas: es ya tarde.

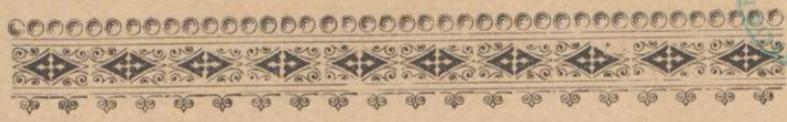
¡Menguado corazón; sucumbe y calla  
ocultando un tormento irresistible!  
¡Cuánto te cuesta descubrir que se halla  
entre temprano y tarde lo imposible!



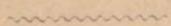


Á AFRICA





# A ÁFRICA



**E**N la divina lumbre de tus ojos  
sus abrasadas flechas amor vierte,  
y el alma espira en deliciosa muerte  
al abrir dulce edén tus labios rojos.

Sin reposo jamás, pisando abrojos  
que en bellas flores tu mirar convierte,  
voy de tí en pos, ansioso de ofrecerte  
mi corazón amante por despojos.

Tu risa, tu candor, tu frente pura  
arrebata mi altivo pensamiento  
que ardiendo en torno de tu faz fulgura.

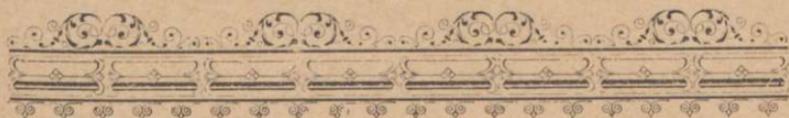
Oye benigna el ¡ay! de mi tormento  
y en celestiales auras de ternura  
llegue hasta mí tu regalado acento.





À CALDERÓN





## Á CALDERÓN

### Soneto

**S**UEÑO SÓLO ES LA VIDA, un hombre exclama,  
y en toda la creación su voz resuena,  
y su tumba inmortal de flores llena,  
himnos alzando la orgullosa Fama.

Gran Calderón: la fulgurante llama  
de tu númen es sol de nuestra escena,  
poderoso huracán, brisa serena,  
néctar divino que el Edén derrama.

Pura y real osténtase tu gloria,  
que hoy contempla extasiado el orbe entero  
al ceñirte el laurel de la victoria.

Mas si el honor del noble caballero  
es quizás vana imagen ilusoria,  
vivir el sueño de tu númen quiero.



*A el Guadalquivir*





## À EL GUADALQUIVIR

---

**P**LÁCIDO Bétis, que á la Sultana  
Córdoba bella cantas amores,  
dándola suave tu onda liviana  
besos que engendran fragantes flores;

alza de espumas la blanca frente,  
mira la hermosa por quien deliro  
y entre los sonos de tu corriente  
llévala el eco de mi suspiro.

Que en tus orillas encantadoras,  
entre las flores de tu ribera,  
lucen sus gracias fascinadoras,  
gala y encanto de la pradera.

Enamoradas las mariposas,  
de sus pupilas buscan el fuego;  
bajo su planta nacen las rosas,  
y yo con triste llanto las riego.

Bétis hermoso, que en tus cristales  
la imagen copias del dueño mío:

no te detengas, y en sus umbrales  
cántala amores, plácido río.

Jueguen tus linfas, los pies besando,  
que bajo el césped tímida esconde;  
y cuando amante la estés cantando,  
Bétis, ¡ay! dime si te responde.

Tú que la has visto cándida y bella  
en los espejos de tu corriente,  
sabe que, en lucha contra mi estrella,  
la amo, la adoro constantemente.

Estas que vierto, lágrimas puras,  
lleva en tus ondas, manso gimiendo,  
y de mi pecho las amarguras  
en roncós ayes la irás diciendo.

Dila que muero, dila que espiro  
soñando amores, sintiendo enojos  
de aquellos labios por un suspiro  
y una mirada de aquellos ojos.



EN LA MUERTE DE AYALA





## EN LA MUERTE DE AYALA

---

### LAS DOS ETERNIDADES

---

#### Soneto

¿QUÉ te importa que un pueblo reverente  
ante el génio que en tí fecundo hervía  
derrame flores en tu tumba fría  
y ciña lauros á tu helada frente?

Rayo divino de la luz ardiente  
que da su hermosa brillantez al día,  
volviste al sol. ¡La inmensidad quería  
absorber los fulgores de tu mente!

Tras ese azul y rutilante velo  
vive eterna tu alma, aquí tu nombre;  
mas si extirpar el vicio fué tu anhelo,

Juntas habrás de ver, aunque te asombre,  
la eternidad que te depara el cielo,  
la eternidad que te consagra el hombre.



MISTERIO





## MISTERIO

É L

**E**n dulce fascinación  
siempre á mi lado te veo;  
te rechaza mi razón  
y te busca mi deseo.

Huyes si me acerco á tí;  
te evaporas si te toco,  
y siempre luchando así  
me ves vivir como un loco.

¿Quién eres, sombra adorada:  
ángel, demonio ó mujer?  
¿Quién eres, *hermosa hada*,  
que llenas todo mi ser?

É L L A

Yo soy un fingido cielo  
que plácido azul te miente

y te engaña con su velo  
delicado y trasparente.

Vivo cual fantasma vago  
de tu ardiente fantasía;  
te excito con tierno halago,  
pero mi amor te extravía.

Soy la flor con que has cubierto  
de tu pecho el hondo abismo;  
de tu porvenir desierto  
soy el brillante espejismo.

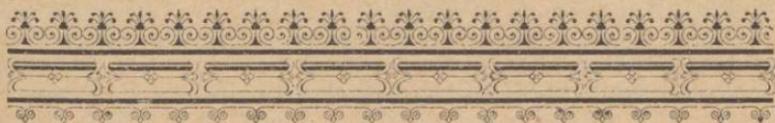
Y me busca tu deseo,  
me rechaza tu razón;  
siempre á mi lado te veo,  
poeta; soy *la Ilusión*.



En el Album de la Señorita

D.<sup>a</sup> Margarita Valdelomar y Fàbregues





En el Album de la Señorita

D.<sup>a</sup> Margarita Valdelomar y Fábregues

DISPUTANDO estaba *Amor*  
con la bella *Cipria diosa*  
si una pura niña hermosa,  
era perla ó era flor.

Venus, cual perla esplendente,  
de inmenso valor la vía,  
y encerrarla pretendía  
en su concha trasparente.

El Amor, entre las flores  
la intentaba colocar  
y en sus néctares bañar  
mil dardos abrasadores.

—¿No ves— exclama *Ciprina*—  
esa frente soberana  
que al erguirse ostenta ufana  
diadema de luz divina?

—Pero tú—dijo el rapaz—  
¿no percibes ese ambiente,  
no ves el lirio naciente  
de su lindísima faz?

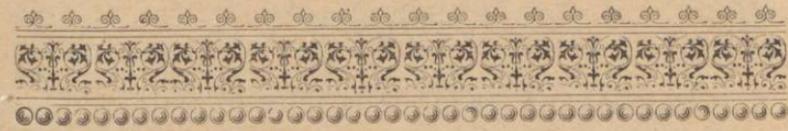
—Yo en la cuestión seré juez:—  
entonces *Minerva* grita —  
llamésmola Margarita,  
que es perla y flor á la vez.



LA CONQUISTA DE CORDOBA

CANTOS EPICO-RELIGIOSOS





# LA CONQUISTA DE CORDOBA

Cantos épico-religiosos

## CANTO PRIMERO

### SUMARIO

Introducción.—Estado de Castilla.—Visiones del Rey San Fernando.—El Mahometismo.—La Religión se aparece al Rey mientras que le da de su existencia y su poder.—Le anima á la Conquista de Córdoba, prometiéndole el triunfo en nombre de Dios.—San Fernando reúne después á sus guerreros y les hace una alocución llamándolos á la Conquista.—Entusiasmo de los guerreros que se deciden á la guerra.

**H**ERMOSA luz del encumbrado cielo  
y del ara inmutable fuego santo;  
manantial de dulzura y de consuelo;  
crisol divino del dolor y el llanto:  
augusta Religión, alza tu velo;  
deja que mire tu inefable encanto  
y que un rayo purísimo vislumbre  
de la alma gloria de la eterna cumbre.

Después que osada, de la zona ardiente  
de Islám la multitud aterradora  
bajó, bramando cual feroz torrente,  
y en su rápido curso voladora  
puso de España el trono floreciente  
bajo su férreo carro destructora,  
cien altares y solios derribando  
y mil pueblos cruel exterminando;

Después que el gran Pelayo valeroso,  
de Cristo enarbolando el estandarte,  
contuvo con su brazo victorioso  
el inmenso furor del nuevo Marte,  
el hórrido dragón tumultuoso,  
luchando ante el potente baluarte  
de la fe y el valor, en sangre baña  
las hermosas florestas de la España.

Fernando el Santo, á la sazón sustenta  
en sus manos el cetro de Castilla,  
y lleva con valor de la violenta  
sacra guerra la fúlgida cuchilla;  
á los bárbaros moros amedrenta  
con las cristianas huestes que acaudilla,  
y ayudado de Dios, rápido avanza  
lleno de fe, de ardor y de esperanza.

La noche con suavísimo beleño  
quietud esparce, languidez y olvido,  
y el monarca español, con dulce ceño,  
radiante faz y pecho estremecido,  
tras largas oraciones, más que al sueño  
al encanto de un éxtasis rendido,

dormita en su morada solitaria  
balbuceando el son de una plegaria.

Mas de repente piensa que horroroso  
torbellino violento le arrebató;  
oye á sus pies un grito pavoroso,  
siente que furibundo le maltrata  
un invisible brazo poderoso,  
y juzgando que fiero se desata  
el abismo infernal, á Dios acude,  
solicito pidiendo que le ayude.

Un mónstruo entonces, horroroso y fiero,  
sobre un astro sangriento sostenido,  
con escamas durísimas de acero,  
vertiendo lava de su pecho herido  
y elevando á los cielos altanero  
el rostro en sangre cálida teñido,  
dice con ronca voz atronadora  
al Rey Fernando:—*Sígueme y adora.*

Pero luego los cielos se estremecen  
y la tierra se agita con temblores;  
los espléndidos astros languidecen  
de otra luz á los vívidos fulgores,  
y en los aires balsámicos se mecen  
espíritus divinos entre flores,  
esparciendo más lumbré y armonía  
que pudiera inventar la fantasía.

Y el horroroso mónstruo con tristeza  
á los cielos mirando y con enojos,  
sacudiendo con ira su cabeza,  
llamas lanzando de sus labios rojos,

—¡Maldición, maldición!...—con entereza  
gritó... Cayó; nubláronse sus ojos;  
la tierra abrióse y el abismo inmenso  
cubrióle al punto con su fuego intenso.

Una mujer más bella que la Aurora,  
en un trono de llamas sostenida,  
ostentando su faz deslumbradora,  
entre su inmensa lumbre confundida,  
cándida, coruscante, voladora,  
cual paloma de luz, del sol vestida,  
á los turbados ojos aparece  
del monarca, que gime y desfallece.

La radiante mujer, gloriosa y pura,  
al Rey conforta con su sopro suave,  
y en la luz que derrama su hermosura,  
gentil flotando cual ligera nave,  
del iris con que adorna su cintura  
pendiente muestra la dorada llave  
del santísimo Edén del alto cielo,  
mansión de vida y perenal consuelo.

Un soberbio dragón encadenado  
escupe hiel ante su fuerte planta;  
un ejército de ángeles, armado  
de fuego y luz, los cielos abrillanta  
ante su hermoso carro matizado,  
que las banderas bélicas levanta  
hasta el trono inmutable del Eterno  
y llega con sus armas al infierno.

Lleva en sus puras manos suplicantes  
el bálsamo que cura nuestras penas;

son sus dedos espadas fulminantes  
que del hombre quebrantan las cadenas,  
y sus ojos carbunclos flameantes  
y su palabra aroma de azucenas,  
y es de amor un volcán, es un torrente  
el fuego que destella de su frente.

Cual rayo celestial, desciende ufana  
al escuchar la trompa de la guerra;  
su destino es luchar, y soberana  
es por su amor de cuanto el orbe encierra;  
de un hombre Dios la sangre sobrehumana  
la hizo nacer para regir la tierra;  
por eso permanece suspendida  
entre el mundo y el reino de la vida.

Cien virtudes la sirven amorosas  
cual hijas engendradas en su seno.  
«Salve, esposa, entre todas las esposas,»  
dulces la cantan al fragor del trueno  
querubes mil; de lirios y de rosas  
y de oro brilla, y de diamantes lleno  
su crisol, donde todo se consume,  
y sube á Dios en plácido perfume.

En mil lenguas de fuego, abrasadora,  
coronando su frente centellea  
su célica guirnalda seductora  
que en el Empíreo luce y alborea;  
la paloma de amor consoladora  
con divinos arrullos clamorea,  
diciéndola ternezas al oído,  
buscando en ella su terrestre nido.

El Rey, turbado, trémulo, se humilla  
ante aquella visión, aquel portento,  
y dobla reverente la rodilla  
ciego, sin voz, sin vida, sin aliento:  
la fe, no más, sobre su mente brilla,  
anonado ya su entendimiento,  
y entonces dijo la deidad hermosa  
con voz potente, clara, sonora.

—Oyeme tú, caudillo soberano  
del pueblo fiel que por Jesús combate,  
del poderoso ejército cristiano  
que nunca duda y que jamás se abate;  
óyeme, que el Señor puso en mi mano  
de estas gloriosas lides el remate;  
mi voz hace nacer el heroísmo;  
mi fuerte brazo triunfa del abismo.

Oye mi voz; yo soy la medianera  
entre el hombre y el Dios á quien adora;  
yo os hacía ver de la encumbrada esfera  
la luz que el sol de soles atesora;  
yo presento al Señor la lastimera  
tierna plegaria del que humilde llora,  
y con la Santa Cruz mi brazo armado  
quebranta las cadenas del pecado.

Dios me ha dado poder para que enfrene  
á la hueste del Tártaro precita,  
y de siervos de Dios fuerza es que llene  
la nueva patria por Jesús bendita;  
con fuego celestial mi escudo tiene  
cual lema santo su palabra escrita,

y antes la tierra pasará y el cielo  
que esta palabra de inmortal consuelo.

Por el Dios que da fuerzas en la guerra;  
por el Dios que es Señor de las naciones,  
que en los antros rezónditos encierra  
al soberbio Luzbel y sus legiones;  
por el Dios que en los cielos y en la tierra  
reina entre aromas, luz y bendiciones,  
brillante triunfo vengo á prometeros  
si esgrimís por la fe vuestros aceros.

Yo por orden de Dios puse en las manos  
del piadoso y valiente Constantino,  
orlada con la Cruz de los cristianos,  
la bandera del lábaro divino,  
y por mí los sangrientos y tiranos  
falsos dioses que en trono diamantino  
Luzbel pusiera del dorado solio  
cayeron y arruinóse el Capitolio.

Yo en el pecho encendi del gran Pelayo  
el fuego celestial que le abrasaba,  
y armé su espada del divino rayo  
que á su infiel enemigo aniquilaba,  
y por mí devoró mortal desmayo  
el seno del que á España dominaba,  
y por mí se animó Naturaleza  
para herir del gigante su cabeza.

Por mí tegió guirnalda luminosa  
la gloria á los cristianos adalides;  
por mí vencieron en la lucha honrosa  
los Ramiros y Alonsos y los Cides;

por mí doblaron la cerviz sañosa  
los rudos africanos en las lides,  
y por mí será dueño de otro mundo  
quien destruya el poder de Islám inmundo.

Ese gigante que soberbio brama,  
que muerde con su boca viperina  
al Cordero, quemándose en la llama  
del Tártaro fatal, y que maquina  
por llevar el veneno que derrama  
á la encumbrada bóveda divina,  
ese gigante es fuerza que sucumba  
y que baje del Báratro á la tumba.

No puede más un pueblo valeroso  
ver frente á frente con tenaz porfía  
fiero luchar al bárbaro coloso,  
que le insulta y al cielo desafía.  
¡Ah!... si al celeste ejército glorioso  
dado le fuese!... pronto acabaría  
con aquesa legión cobarde y fiera  
de Satán hija, sierva y heredera.

Batallarán los ángeles ardientes,  
sonará *¿quién cual Dios?* en las alturas,  
y sumisas, postradas, reverentes,  
las humanas misérrimas criaturas,  
golpeando la tierra con sus frentes  
ante las nobles célicas figuras  
que esgrimiesen flamíferas espadas,  
ser quisieran al punto aniquiladas.

Mas al Señor complace dar al hombre  
la espada en esta célebre pelea,

para que el santo triunfo de su nombre  
de frágil pecador mérito sea.

¿Qué esperais, pues? Marchad; nada os asombre,  
que el Dios por quien el astro centellea  
de la mano al combate ha de llevaros  
si en sus brazos quereis precipitaros.

Volad al punto; Córdoba la bella,  
ciudad potente, rica, esplendorosa,  
pronto vuestra será triunfando en ella  
del alto Dios la mano prodigiosa.  
Yo iré delante como blanca estrella  
velada en nubes de záfir y rosa...  
Volad á esa ciudad, que el Dios que puede  
del rayo disponer os la concede.

Volad, volad, que al veros batallando  
Dios os dará su sacrosanto fuego,  
y alerta sin cesar, siempre velando,  
escuchará piadoso vuestro ruego.  
El que muera cual bueno peleando,  
al alcázar de Dios ascienda luego  
y el digno premio de su sangre pida,  
que no será su queja desoida.

El dragón de las hórridas mansiones  
que en España derrama impuro cieno,  
presa de furibundas convulsiones,  
mordiendo ya su desgarrado seno,  
se retuerce entre horrendas maldiciones,  
apurando su hiel y su veneno...  
sucumba su poder; tiemble el abismo,  
triunfe el Señor y reine el cristianismo!

Partid, hijos del grande Santiago,  
que yo os daré poder y bizarría;  
terrores, confusión, luto y estrago  
sembrad entre esa multitud impía.  
¡Ah!... Si tuviéseis fe, sólo al amago  
de vuestro brazo fiel sucumbiría.  
Partid al punto, para honor y gloria  
al que del cielo os manda la victoria.

No más habló la diosa; levantando  
al Empíreo sus alas esplendentes  
y entre nubes de púrpura flotando,  
perdióse en las mansiones refulgentes;  
siguiéronla los ángeles cantando  
de sus arpas al son, y los torrentes  
de su lumbre divina se apagaron  
y entre sombras los astros centellearon.

En tanto el Rey Fernando pretendía,  
lleno de fe y amor fortalecido,  
medir ansioso la radiante vía  
que la diosa en el aire había seguido;  
y apenas el fulgor que al nuevo día  
el sol prestaba de arrebol teñido  
al alzarse tranquilo por la esfera,  
sacar al Rey del éxtasis pudiera.

Manda después reunir á los guerreros  
que de cerca le siguen, y ardoroso,  
en presencia de aquellos caballeros  
pronuncia este discurso belicoso:  
—Hidalgos, impertérritos iberos,  
nobles guías de un pueblo valeroso:

escuchad hoy mi voz, hoy que reclama  
vuestro valor y á dura guerra os llama.

Sacudamos al fin nuestra pereza,  
castellanos caudillos denodados;  
ayentemos el ócio y la tibieza,  
indignos de los hombres esforzados;  
recordemos los hechos y nobleza  
de nuestros padres, hoy tan celebrados,  
y á Dios pidiendo su favor divino  
de la gloria sigamos el camino.

Mis queridos hermanos: es tan bello  
combatir por Jesús; es tan honroso,  
es tan noble y tan grande, que por ello  
suspira el alto ejército glorioso.  
La Religión, purísimo destello  
del esplendente cielo poderoso,  
á la guerra santísima nos guía  
de parte del Señor, que nos la envía.

Si sentimos arder el fuego santo  
dentro del corazón de la fe pura;  
si corre fervoroso nuestro llanto  
por los heróicos pechos que la dura  
cimitarra rompió; si con espanto  
oímos siempre que la boca impura  
del árabe maldice con encono  
al que del cielo brilla en áureo trono.

¿Por qué, por qué seguimos insensibles  
devorando en silencio tal afrenta?  
Marchemos de esos bárbaros horribles  
á exterminar la raza turbulenta.

¡Al arma, castellanos invencibles!  
¡Al arma!... Vamos ya... ¡Guerra violenta...  
y demos fin á la tremenda plaga  
que con cálida sangre se embriaga.

Que entre esa multitud devastadora  
de sanguinarios tigres africanos,  
el que es más fuerte sin piedad devora  
á su hijo, á su padre, á sus hermanos;  
y después que la llama abrasadora  
apaga del placer, él por sus manos  
sofoca en embrión los tiernos frutos  
de su amor, más salvaje que los brutos.

¿Quién puede tolerar que al mundo empañe  
en edades de luz mancha tan fea?  
¡Muera el feroz dragón!... Su sangre bañe  
el campo de la horrificca pelea;  
vamos; no más traidora nos engañe  
la pereza infernal; su roja tea  
fiera entre ellos la discordia enciende;  
vamos allá, que el cielo nos defiende.

Vamos pues; no tardemos, que en sus manos,  
reducidos á fiera servidumbre,  
á millares están nuestros hermanos  
alzando preces á la eterna cumbre;  
y no han de ser nuestros esfuerzos vanos,  
cuando el Creador supremo de la lumbre  
á cuyo nombre el antro se extremece  
su soberano apoyo nos ofrece.—

Grande fué la impresión que este discurso  
produjo entre los bélicos varones.

—¡Guerra, sí!—respondió todo el concurso con gritos y con mil aclamaciones.

—Antes que el sol su luminoso curso siguiendo por las célicas regiones aparezca otra vez sobre la tierra, hálleos ya dispuestos á la guerra.

## CANTO SEGUNDO

### SUMARIO

El infierno.—Trono de Satanás.—Las furias infernales.—Quejas que les dá el príncipe de las tinieblas.—Rebelión, discordia, desunión que reina entre ellas.—Nuevas quejas del padre de la mentira.—La Verdad y el Remordimiento.—Suplicios de Satanás.—Efectos de la Redención.—El orden inmutable á que están sometidas todas las cosas.—Al Mandato de éste desátanse las potestades infernales para tomar parte en las contiendas humanas, encaminándose por virtud del poder divino á realizar en el mundo los planes de la Providencia.

Alzóse Satanás contra el Eterno,  
y al caer despeñado en la sombría  
pavorosa morada del infierno,  
creyó que independiente reinaría  
en la ciudad del mal de su gobierno  
encargando á la fiera rebeldía;  
mas quien á tal deidad pide obediencia  
pídela obrar en contra de su esencia.

En las hondas mansiones infernales,  
pisando negra alfombra sanguinosa;

cercado de los vicios y los males  
 que forman su cohorte pavorosa;  
 adornado de escamas colosales  
 y empuñando una sierpe ponzoñosa,  
 sobre un volcán flamíjero se sienta  
 Satán, y grita con su voz violenta:

—Decidme, tenebrosas potestades  
 que nacísteis sujetas á mi imperio,  
 decidme, pues, ¿por qué con liviandades  
 procurais estrechar mi cautiverio?  
 La fatídica luz de las verdades  
 ya fulgura por todo un hemisferio,  
 y allí vosotras allanais la senda  
 á mi eterno rival... ¡Traición tremenda!

—Hija nacida de tu pecho soy—  
 una bestia con cara de serpiente  
 le interrumpo.—Contéplame; aquí estoy,  
 padre del mal, oyéndote paciente;  
 siempre contra el Señor luchando voy,  
 á la ley de mi espíritu obediente,  
 y el universo todo es buen testigo  
 de que supe vender á tu enemigo.

—Pero nunca su objeto consiguiera,  
 hermana,—respondióle la Avaricia—  
 si el corazón de Judas no le abriera  
 yo, que reinaba en él, y si en justicia  
 triunfal corona de diamantes diera  
 Luzbel; por una acción que es su delicia,  
 de entre todas las furias de este gremio  
 sólo yo fuera digna de ese premio.

—En verdad, en verdad, furiosa hermana,  
que tus palabras cáusanme disgusto;  
¡hablar tú de justicia, tú que ufana  
tanto te precias de infamar al Justo!—  
dijo la Iniquidad.—Yo soberana  
soy en esta mansión; yo sola ajusto  
lo que cada poder aquí merece,  
y el infierno á mis leyes obedece.

—Calla, pues, necia; calla, miserable—  
al punto grita con su voz potente  
la Rebelión, alzando formidable  
su fatídica espada reluciente;—  
¿obedecer digistes? ¿Y hay quien hable  
de obedecer estando yo presente?  
¡Todo el infierno luego se arroñille!  
¡Todo el infierno ante mi faz se humille!

—¿Quién habla de humildad en mi presencia—  
la Soberbia rugió—y en el Averno?  
¿Pretendes conspirar contra mi esencia,  
fuente del mal, origen del infierno?  
Sabed que en mí principia la existencia  
que dada os fuera por el mal eterno,  
y que si un solo punto yo faltara  
pereciérais y Dios solo reinara.

—¿Pero quién, dime, dentro de su mente  
se concibió, deidad aterradora?  
¿Quién en tus brazos se arrojó demente?  
Y ¿quién de la región deslumbradora  
á hundir bajó su coronada frente  
en aquesta mansión abrasadora

bajo mares de fuego inextinguible  
sino Luzbel por tí, Soberbia horrible?—

Exclamó Satanás; mas al momento  
la inflexible Verdad, acompañada  
del profundo voraz Remordimiento,  
dijo con voz serena y reposada:  
—Tú fuistes, en tu loco atrevimiento,  
quien primero vibró la infiel espada  
contra el Señor; y tú, siendo su hechura,  
subir soñastes á su inmensa altura.

Si tú el primero proclamar quisiste  
la negra rebelión y la infidencia;  
si abortos tuyos fueron; si les diste  
las leyes de su mísera existencia,  
¿es de extrañar que se rebele ¡oh triste!  
contra tí tu proterva descendencia?  
Un volcán para trono has escogido:  
no te quejes jamás; tú lo has querido.

—¡Sí!...—dijeron las furias tenebrosas,  
y todas al momento se lanzaron  
sobre su horrible padre, y ardorosas,  
de Satanás el pecho desgarraron;  
como tremendas víboras rabiosas  
en torno de su frente serpearon  
la Traición, la Soberbia, la Perfidia,  
la Ira, la Ambición, la negra Envidia.

—Ya sé que eternamente condenado  
estoy á padecer en el profundo;  
ya sé que he de vivir atormentado  
por estas furias de que el orbe inundo,

y si quejas amargas les he dado  
fué sólo al ver que en la región del mundo,  
torciendo torpemente su camino,  
se apartaron del mal, que es su destino;

que hay en el antro quien infiel blasona  
de que del hombre Dios logró la muerte,  
cuando su cruz mi alcázar desmorona,  
mis propias armas contra mí convierte  
y labra á la bondad regia corona  
y es del reino de Dios columna fuerte!  
¡Cuánto me humilla, sí, cuánto me daña  
el cetro brillador de leve caña!—

Dijo así el ángel, y con ira negra  
continuó:—Mi reino dividido  
está, y el universo ya se alegra  
al mirarme impotente y maldecido;  
el soberano cielo se reintegra  
del poder que á mi voz había perdido,  
pues de la muerte infiel con la cuchilla  
en trigo suyo torna mi semilla.

Con magestad entonces se levanta  
un gran gigante, singular portento,  
que aterra al par que misterioso encanta,  
bañado en clara luz, pero sangriento.  
Cien y cien ojos muestra que abrillanta  
el sol, y son sus brazos mil y ciento;  
su mano oprime el antro eternamente,  
en tanto que hasta Dios sube su frente.

—Yo soy—dijo—del Dios de las alturas  
universal ministro soberano,

y no hay una entre todas las criaturas  
que no se halle al alcance de mi mano;  
vosotros, que de Dios fuísteis hechuras,  
contra Dios os alzásteis, mas en vano;  
y nulo será siempre vuestro esfuerzo,  
que yo por siempre vuestro brazo tuerzo.

Quien piense que al influjo se sustrae  
de Dios al declararse su enemigo,  
sepa que al fin bajo su diestra cae  
en la región eterna del castigo;  
que á los brazos del vicio que le atrae  
con mi poder ignoto yo le sigo,  
pues el que á Dios por padre haya negado  
tiene de ser mi siervo desdichado.

Sus instintos satánicos siguiendo  
me obedece la fiera Rebeldía;  
el desorden por mí y el mal horrendo  
contribuyen al bien y la armonía;  
yo, la tierra y el cielo recorriendo,  
hijo de la eternal Sabiduría,  
del que con luz brillaba seductora  
siglos y siglos antes de la aurora,

del mal las rebeliones castigaba  
mil siglos antes de que el mal naciera,  
y un abismo de horror le preparaba  
donde su propio afán le condujera  
y á la razón rebelde sujetaba  
con la ley funeral de su carrera,  
pues soy el orden perdurable eterno  
por quien reina el Señor en el infierno.

Por eso la discordia soberana  
que el aire en torno de vosotros hiende  
confunde siempre vuestra astucia vana  
y negro fuego en el abismo enciende;  
por eso la expiación, volando ufana,  
al santo trono del Señor asciende  
y logra que los tiros infernales  
al hombre alivien de futuros males.

¡Ah!... por eso en la muerte del Cordero  
fuiste, mal génio, tu fatal verdugo,  
y el instrumento, el rústico madero,  
es, fué y será, tu poderoso yugo;  
por eso lloras el dogal que fiero  
á tu cuello poner Satán te plugo;  
por eso tus misérrimas acciones  
merecen tus eternas maldiciones.

Id pues, id pues, potencias tenebrosas,  
que el infiel corazón teneis abierto  
y del moro en las filas poderosas  
habeis de hallar vuestro querido puerto;  
vé, Discordia, con alas pavorosas,  
y llévales terror y desconcierto,  
y al fuego horrible de tu impura tea  
brille de Dios la soberana idea.

Al momento las furias revolaron,  
y al salir de las nieblas del profundo,  
la luz del sol purísima nublaron,  
llenando de pavor la faz del mundo;  
y entonces por el orbe resonaron  
los gritos de Satán, que furibundo,

en alas siempre de su orgullo fuerte,  
 á Dios juró de nuevo guerra á muerte.

### CANTO TERCERO.

#### SUMARIO

Penetra el Rey Aben-Hut por las fronteras de Castilla.—Toma varias fortalezas y tala y arruina los campos y poblaciones de aquel contorno.—Acométenle en tropel una infinidad de castellanos, que luego son derrotados por la hueste mora, y gran número de entre ellos quedan reducidos á la condición de cautivos.—Aparécese entonces el Rey Fernando en aquellos campos y traba combate con los moros.—Aventájase á ellos al principio, mas luego su hueste cede á los increíbles esfuerzos de Aben-Hut y al superior número de los enemigos.—Combate de Fernando y de Aben-Hut.—Una fatal beldad anima á Aben-Hut á proseguir el combate, y al fin los cristianos son enteramente dispersados.—Palabras de consuelo que San Fernando dirige á sus guerreros animándolos eficazmente á proseguir en la guerra.

De las ríscosas faldas de la sierra  
 que media entre la Bética y Castilla,  
 y enrededor de aquella rica tierra,  
 cual bella aureola de esmeralda brilla  
 enorme multitud de hombres de guerra,  
 del corvo alfanje la mortal cuchilla  
 á los postreros rayos ostentando  
 del sol, en nube inmensa va bajando.

Un hombre hercúleo, de feroz semblante,  
 de ojos fogosos y marcial figura,  
 con resuelto ademán marcha delante  
 de aquella multitud, que en la apostura

del jefe y la pupila chispeante  
va bebiendo su arrojo y su bravura,  
dispuesta á descender en su heroismo,  
por servir á su rey, al hondo abismo.

Sí... que el mismo Aben-Hut, rey de Granada,  
monarca sabio, capitán valiente,  
brioso lleva la tajante espada  
y de la hueste mora marcha al frente;  
hace en un monte súbita parada  
y, tendiendo enredor el ojo ardiente,  
dice el caudillo con su voz sonora  
á su fiera legión batalladora:

—Volemos á la guerra, mahometanos;  
entremos por doquier á sangre y fuego  
y huyan del país de los cristianos  
la paz y las delicias y el sosiego;  
en montones de perlas vuestras manos  
hundireis con placer, y pronto luego  
servidas estarán nuestras sultanas  
por bellísimas nobles castellanas.—

Cual una nube de águilas radiantes  
que del azul alcázar esplendente  
de los cielos, las alas resonantes  
batiendo, bajan en turbión potente  
y á los pequeños pájaros brillantes  
que por las puras ondas del ambiente  
con débil ala blanda se deslizan,  
arribatan y fieras descuartizan,

así los rudos árabes, ardiendo  
en la llama de horribles ambiciones,

por el áspero monte descendiendo  
van en desordenados escuadrones  
y acometen con ira y con estruendo  
á los hombres de aquellas poblaciones,  
que á rústicas faenas entregados  
están á la sazón y desarmados.

Entonces se oyen todas las campanas  
por la inmensa extensión de la llanura  
á rebato tocār; corren ufanas  
parte á tomar en la batalladura  
las inflamadas hordas castellanas,  
mirando huir su libertad futura,  
y todos los castillos coronados  
al momento se ven de hombres armados;

y con diversas armas al momento  
dispuestos salen á la horrible lucha,  
gritando sin cesar, en turbulento  
tropel los castellanos; ya se escucha  
el grito de combate, y en violento  
torbellino después, con rabia mucha,  
se lanza á batallar la noble gente,  
desbordada cual rápido torrente.

Pero toda la fuerza que despliega  
aquella multitud desordenada  
que á la tremenda lid se arroja ciega  
á morir ó vencer, desesperada,  
al fin cede y al fin ¡ah!... se doblega  
del árabe feroz bajo la espada,  
que el número por sí fuera infecundo  
sin el orden creador, alma del mundo.

Los castillos de aquella cercanía  
caen en poder del orgulloso moro  
apesar del esfuerzo y bizarría  
del castellano fiel, prez y tesoro  
de la España; ya todo es agonía,  
sangre, desolación y amargo lloro,  
y del que á cuadro tal los ojos vuelve  
el corazón en llanto se resuelve.

Aquí se oye el apenado acento  
de una niña infeliz á quien el brazo  
del árabe, con ímpetu violento,  
supo arrancar del maternal regazo;  
allá se escucha el funeral lamento  
con que oprimidos en convulso abrazo  
dos esposos que se aman tiernamente  
al morir se despiden tristemente,

y el blando suspirar de la doncella  
que arranca de su hogar el moro impío,  
bañada en puro llanto, cual la bella  
cándida flor cuajada de rocío;  
y del párvulo tierno la querella,  
y del anciano el triste desvarío,  
todo por el espacio se difunde  
y en ronco rumor vago se confunde.

Mas un bosque de fúlgidos aceros  
de repente aparece en lontananza,  
y al mirarle los tristes prisioneros  
abren su corazón á la esperanza.  
—¡Oh! si vendrán cristianos caballeros  
á quebrantar del moro la pujanza!—

pensaban dulcemente, recordando  
el glorioso renombre de Fernando.

Y en efecto; Fernando de Castilla,  
rodeado de bravos infanzones  
y de esa hueste que á lo lejos brilla,  
va marchando entre mil aclamaciones;  
los ilustres guerreros que acaudilla,  
valerosos y fuertes cual leones,  
al ver de lejos la feroz pelea  
y el campo que incendiado centellea,

al momento dan parte al soberano  
que en vivo fuego celestial ardiendo,  
mostrando á los guerreros con su mano,  
el vasto campo del combate horrendo:  
—Vamos allá—les dice—que el tirano  
moro traidor, los limites rompiendo  
que su reino separan de Castilla,  
nuestros timbres gloriosos amancilla.—

Y al momento, cual flechas disparadas,  
los castellanos van á la pelea,  
y en sus tremendas fúlgidas espadas  
el fuego de los cielos centellea,  
y en sus radiosas frentes elevadas  
la luz refleja de la santa idea  
que el soberano Dios que el sol enciende  
aquí en el orbe realizar pretende.

Llegan y con furor irresistible,  
al volar á la lucha formidable,  
del moro siembran en la hueste horrible  
un pánico terror inesplicable.

Sin duda les ofrece el invisible  
alto cielo su apoyo incontrastable  
y ya todos auguran la victoria  
y el carro ven de la radiante gloria.

Mas el Rey Abed-Hut jamás se abate;  
es como el rayo del Señor, tremendo,  
y del moro á su voz en el combate  
estalla el corazón en ira ardiendo;  
ya del cristiano tembloroso late  
el pecho triste, del Señor temiendo  
algún terrible singular castigo,  
al mirar la actitud de su enemigo.

Cual brava sierpe de furor silbando  
lánzase Aben á la feroz batalla,  
y su tremenda espada desnudando  
cual vidrio rompe la fulgente malla.  
Como fiero aguilón, siempre volando,  
á las contrarias huestes avasalla  
y su legión le sigue con estruendo,  
en vivas llamas de furor ardiendo.

En vano el Rey Fernando hace portentos  
de valor en la lucha prodigiosa,  
que se rinde apesar de sus alientos  
á la contraria hueste numerosa,  
y sus pocos guerreros macilentos  
cayendo van cual caen en la ventosa  
lóbrega tarde del Otoño triste  
las hojas que en Abril el árbol viste.

Al fin los dos monarcas se encontraron  
y como dos flamíjeras estrellas

sus fúlgidas espadas se chocaron,  
despidiendo vivísimas centellas;  
mas á Fernando luego rodearon  
las huestes moras, y delante dellas  
tuvo al fin que ceder el castellano  
apesar del esfuerzo de su mano.

Una mora de célico semblante,  
de gentil cabellera brilladora,  
talle flexible, leve y ondulante,  
ojos de fuego y risa seductora,  
cerca está de Aben-Hut, cuya anhelante  
negra y honda mirada la devora  
y cuyos rojos labios despidiendo  
llamas están en vil amor ardiendo.

—Conmigo ven, esclava soberana—  
el rey la dice con pujante tono;—  
ven, estrella; ven, luz de la mañana;  
ven á sentarte sobre excelso trono,  
y alfombras sólo de damasco y grana  
pise tu pie con lánguido abandono,  
y brillen cual estrellas los diamantes  
de tu frente en los cielos deslumbrantes.—

Esta mujer hermosa, que criada  
fué como esclava en castellana tierra,  
del moro al fin por la potente espada  
vióse libre entre el choque de la guerra,  
y su ignominia por dejar lavada,  
que siempre de este modo el crimen yerra,  
de su antiguo señor el castellano  
en la sangre empapó su torpe mano.

De esta mora la mágica figura,  
los ojos y el semblante soberano,  
al punto redoblaron la bravura  
del soberbio caudillo mahometano,  
que anhelando mirar tanta hermosura  
rendida al brillo de su gloria, ufano  
esfuerzos de valor tan grandes hizo  
que la hueste cristiana al fin deshizo.

Cuando ordenar al fin Fernando pudo  
los restos de su hueste destrozada  
lejos del campo del combate crudo,  
dijo con voz serena y reposada:  
—«Mis queridos hermanos; yo no dudo  
del favor y la gracia señalada  
del poderoso cielo; que si ahora  
no nos prestó su fuerza vencedora,

»fué que quiso el Señor omnipotente  
la fe probar que nuestro pecho encierra  
y enseñarnos que al cielo refulgente  
siempre mirar debemos en la guerra,  
pues el orgullo al hombre no consiente  
alzar los ojos de la impura tierra,  
y el Señor con suavísimos castigos  
liberta del orgullo á sus amigos.

»Quizás un triunfo fácil nos hubiera  
hecho dormir en brazos de la gloria  
sin que el alto designio se cumpliera  
del que del cielo manda la victoria  
¡Oh sí!... y esa fortuna pasajera  
Que arrebató á los moros la memoria

de los falaces juegos de la suerte  
su caída será, será su muerte

esa falaz esclava que al rey moro  
con su belleza mágica fascina  
y es la alhaja mejor de su tesoro  
el cielo dice que será su ruina;  
y en tanto la aflicción el triste lloro  
de esos cautivos que el Señor destina  
á doblar el fervor de los cristianos  
mantendrán el acero en nuestras manos.

Y así sigamos sin volver los ojos  
nunca atrás por el místico camino  
sembrado ya de flores ya de abrojos  
que abrirnos quiere el Hacedor divino:  
suframos nuestra suerte sin enojos  
y esperemos sin ansia que el destino  
la victoria nos dé que preparada  
tiene al fin al poder de nuestra espada

bálsamo celestial para la herida  
que los buenos cristianos recibieron  
en aquella furiosa acometida  
del rey Fernando las palabras fueron:  
en blancos sueños descollar florida  
la faz divina de la gloria vieron  
y en sus hermanos míseros pensaron  
los fieles y á la nueva lid volaron.

## CANTO CUARTO

## SUMARIO

Primera entrada de los cristianos en Córdoba por sorpresa.—Apo-  
déranse de algunas torres.—Los mahometanos acuden tumultuosamente  
á la defensa de la ciudad.—Combates que se traban.—Algunos cristianos  
penetran denodadamente en la ciudad y hacen prodigios de valor.—Su  
capitán traba combate con Almanzor y le da muerte.—Vese al fin obli-  
gado á retirarse con los suyos.—Defensa de los moros.—Perspectiva que  
presenta la ciudad.—Los moros buscan un adivino y le consultan acerca  
del futuro.—Vaticinios y lágrimas de éste.—Se reprende sus vicios y mal-  
dades.—Angura la destrucción del reino de Mahoma y les habla del  
ideal del cristianismo que Dios le había revelado.—Pintura que hace de  
la caridad y de la misericordia de Dios.—Declárase cristiano y es marti-  
tirizado.—Continúa la lucha.

La bóveda del cielo ennegrecida  
no brilla con la luz de blanca estrella  
y en profundo silencio sumergida  
tranquila duerme Córdoba la bella:  
la existencia parece suspendida  
del sueño al soplo en el recinto della  
donde vuelan mil sombras silenciosas  
envueltas en las nieblas pavorosas.

Solo de cerca del potente muro  
que baña el manso Bétis cristalino  
tremulento rumor, leve, inseguro  
lánguido se desprende de continuo:  
cual si los genios del abismo impuro  
revolasen en vago torbellino  
ajitando sus cuerpos impalpables  
y prorrumpiendo en ecos inefables

¿serán las hordas de fantasmas vanos  
que exaltada la mente anima y crea?

¿serán quizás espectros inhumanos  
 horribos mónstruos de infernal valía?  
 ¡oh no!... que son guerreros castellanos  
 en cuyos pechos el valor campea  
 de los fuertes Ramiros y los Cides  
 impeliéndoles siempre á duras lides.

En medio de las sombras pavorosas  
 de la lúgubre noche van subiendo  
 por sus altas escalas misteriosas  
 los bravos castellanos y escondiendo  
 con cuidado las armas poderosas  
 ya los adarves tocan sin estruendo  
 y dan gracias á Dios con alegría  
 porque premió su celo y osadía.

Algunos almogárabes turbados  
 les dan apoyo de de el negro muro  
 con lo cual los iberos esforzados  
 ascenso logran fácil y seguro.  
 Pues en el triste pecho aposentados  
 ya de los moros con su soplo impuro  
 los mueven la Traición el Egoismo  
 el Dolo y otros genios del abismo

tocan alarma en la ciudad y luego  
 vuelan de todas partes á la lucha:  
 turbase la quietud huye el sosiego,  
 sordo rumor horrísono se escucha  
 por las calles y plazas: arde el fuego  
 de tremebunda lid, y gira y lucha  
 la morisma do quiera; más es vano  
 su furor y el esfuerzo de su mano.

Cual se oye y vé bullir de una colmena  
que mano juvenil incauta toca  
la alada multitud de enojo llena  
al herir al que así su ira provoca,  
tal el sordo rumor trémulo suena  
de la ciudad y tal en ansia loca  
los que al fiero combate se dirijen  
mútuamente se ofenden y se aflijen.

Apenas las murallas escalaron  
de la ciudad los ínclitos guerreros  
cuando las altas torres asaltaron  
prestos, valientes, ágiles, ligeros  
y en su increíble arrojó se lanzaron  
derribando á sus pies con sus aceros  
una gran muchedumbre de enemigo  
á franquear una puerta á sus amigos

entonces un caudillo denodado  
al frente de una brava compañía  
en la ciudad penetra y esforzado  
al ejército moro desafía.  
Entre sus filas, pasa arrebatado  
cual negro torbellino, cual bravía  
ola gigante, cual borrasca fiera  
sangre á mares vertiendo por do quiera.

En vano al verle que combate ciego  
le cercan moros mil: nada le ataja.  
El adalid volando sin sosiego  
los escudos y almetes desquebraja,  
y su espada es un círculo de fuego,  
una centella que del cielo baja

al punto mismo que veloz asciende  
y que cuerpos sin fin á un tiempo tiende.

Pero el fiero Almanzor ardiendo en ira  
al verle con arrojo se adelanta,  
que su orgullo fatídico le inspira  
el afan de domar braveza tanta:  
hállale al fin y tajos cien le tira,  
busca después osado su garganta,  
falto de aliento con furor le oprime  
y en honda fiebre por matarle gime.

Al mirar en el aire las espadas  
en curvas mil girando, brilladoras  
dijérase que luchan enredadas  
dos serpientes de fuego voladoras;  
mas al árabe ciegan desbordados  
sus iumensas pasiones bramadoras  
y al cerrar al cristiano entre sus brazos  
siente su corazón hecho pedazos.

Con triunfo tal en la batalla fiera  
ve el Adalid doblarse su esperanza  
y sigue presuroso su carrera  
derribando al empuje de su lanza  
cuantos árabes halla por do quiera,  
y á sus plantas gozando en la matanza  
la horrible muerte reina del combate  
sus negras alas de contento bate.

Mas luego los cristianos oprimidos  
por una multitud innumerable  
de fieros musulmanes aguerridos  
que luchan con furor incontrastable

de la ciudad se alejan perseguidos  
apesar de su esfuerzo formidable  
por no dejar sus vidas y laureles  
bajo el dardo fatal de los infieles.

¡Gloriosa fuga!... ¡sí!... más no por esto  
la colosal batalla se suspende:  
el árabe feroz echando el resto  
de su valor salvaje se defiende.  
De su sorpresa mágica repuesto  
las torres que perdió batir pretende  
y estrecha más y más al fiel cristiano  
á quien guarda de Dios la fuerte mano.

Cada suspiro que arrebatara el viento  
más á la hueste de Fernando anima,  
pues al lanzar el último lamento  
piensa volar á la celeste cima.  
¡Oh! ¡sí!... que el religioso sentimiento  
con puro fuego mágico sublima  
el alma del católico que espera  
su bien supremo tras la tumba fiera.

. . . . .  
Brilla el sol: varias torres aparecen  
coronadas de nobles castellanos  
y de espanto y de rabia se estremecen  
al mirarlo los fieros africanos:  
en su furor los aires ensordecen  
con horribles conjuros sobrehumanos  
y ya del negro Tártaro profundo  
las tristes sombras vuelan por el mundo.

Al retumbante son de los tambores  
la multitud arábica se lanza

á la lid y con gritos tronadores  
hace alarde feroz de su pujanza:  
hácia las torres y altos miradores  
que el cristiano tomó, rápido avanza;  
gimiendo de furor batalla, hiere  
y entre sangre y congojas ruje y muere.

Cual torrente feroz que se derrama  
de la empinada cumbre de la sierra  
y que en horrendo son potente brama  
llenando de pavor toda la tierra,  
la multitud morisca que se inflama  
al escuchar los sones de la guerra  
en confuso tropel vuela sin tino  
á morir ó vencer que es su destino.

A un castillo fortísimo acomete  
y su puerta vacila, tiembla, cruje  
al furibundo golpe del ariete  
feroz lanzado con tremendo empuje:  
logran al fin desquiciarla y arremete  
con infernal furor y ronca ruje  
y va doquier sedienta de venganza  
cebándose cruel en la matanza.

Aquí dos esforzados campeones  
con furia asidos forcejando ruedan  
y en súplicas á Dios ó maldiciones  
sus roncós ecos estentóreos quedan:  
mas allá dos fortísimos varones  
como sierpes coléricas se enredan  
y se oprimen, se estrechan, se maltratan  
y á pedazos la vida se arrebatan.

¡Sangre aquí... sangre allí... hierros partidos  
rotos huesos y fúnebres despojos,  
manos crispadas, cráneos divididos  
tan solo ven los espantados ojos,  
y entre mares de sangre sumergidos  
en inmenso montón los cuerpos rojos  
y los corvos aceros relucientes  
de aquellos valerosos combatientes.

. . . . .  
Los árabes al ver prodigios tales  
de valor en las huestes de Castilla,  
viendo brotar en sus presentes males  
de desastres mayores la semilla  
pensaron en los mundos celestiales  
donde la antorcha del futuro brilla,  
que siempre la desdicha el desconsuelo  
los ojos hace levantar al cielo.

A la sazón en Córdoba un anciano  
de alta ciencia y virtud rara vivía:  
su mente iluminaba el soberano  
resplandor de la mágica poesía;  
su ardiente corazón el sobrehumano  
espíritu profético encendía  
y con fulgor divino su ancha frente  
brillaba como estrella refulgente.

Su prodigiosa ciencia recordaron  
en su gran confusión y gran apuro  
los caudillos de Córdoba y pensaron  
pedirle luz acerca del futuro.  
Fuéronle á consultar y le cercaron  
formando en torno del espeso muro

del mismo modo nobles que pecheros  
labradores, artistas y guerreros.

¿Porqué venís, les dice el adivino,  
de mi numen fatídico en consulta?  
¿porqué buscáis las luces del destino  
cuando la cruda suerte nos insulta?  
¡Ay, ay, que bajo inmenso torbellino  
de polvo y roja sangre se sepulta  
nuestro reino!... ¡verted mares de llanto  
y nunca más resuene vuestro canto!

Mucho anunciaros las desdichas siento  
que os restan que sufrir... falaz fortuna,  
pues recuerdo que henchido de contento  
cantaba al pie de vuestra dulce cuna.  
¡Oh! de un viejo pensad que el triste acento  
la voz cascada y lúgubre importuna:  
pensad que lo que tengo que deciros  
por lo mismo que os amo ha de afigiros.

Temblad vosotros que sondear quisiste  
los abismos recónditos del cielo:  
temblad, temblad, porque mi acento triste  
sólo inspira dolor y desconsuelo;  
y pues con mano audaz os atreviste  
á alzar, amigos, del futuro el velo,  
mirad ese gigante que la tierra  
lleno... ¡fúnebre nicho ya le encierra!

¡Oh mundo, oh mundo tan mudable y vário!  
nuestra nupcial fulgente vestidura  
se ha convertido en funeral sudario  
y el tálamo en hedionda sepultura:

apagóse la luz del santuario  
y tronando cerró la noche oscura  
¡ay!... que los mas osados ya cayeron  
y de lodo la frente se cubrieron.

De Mahoma el imperio floreciente  
que como el astro de oro y de rubíes  
alzó gigante la radiosa frente  
donde azucenas rosas y alelíos  
va vertiendo la aurora refulgente...  
¡Oh tristísimo don de los zahoríes!  
Mahoma el fuerte retemblando cae,  
que ya en su seno la ponzoña trae.

Nuestras bellas ciudades populosas  
exornadas serán: sus duras penas  
con lágrimas de sangre venenosas  
los moros llorarán entre cadenas,  
y quizá nuestras tribus valerosas  
del Africa en las ignitas arenas  
solo podrán hallar candente lecho  
sin abrigo ni hogar, ni luz, ni techo.

Llorad, hermosas damas que vestidas  
de oro y brillantes perlas os mirais  
y cual puras estrellas encendidas  
en luz divina al sol desafiáis,  
que en lágrimas amargas convertidas  
esas perlas serán que tanto amais.  
Llorad, que ya sucumbe nuestro imperio,  
y se acerca el horrible cautiverio.

¡Desdichados los hijos, desdichados  
los que hayan de salir de vuestro seno!

¿Porqué, decid, los concebís malvados  
y les dais corazones de veneno?...  
¡ay!... esos altos muros torreados  
esconderán sus frentes bajo el cieno,  
que al vér nuestra maldad Alá se irrita  
y dice á nuestra grey *Huye, maldita.*

Vendrán los días de miseria y lloro  
en que todo en el mundo nos espante:  
caerán nuestros alcázares de oro  
y nadie habrá que dance ni que cante  
entre nosotros ¡sí!... que contra el moro  
piedra no habrá que al fin no se levante,  
¡ay!... que mi débil voz el llanto embarga  
huid de mí, que la verdad amarga.

¿No veis las inauditas liviandades  
que cometen audaces nuestros reyes?  
¿Qué son nuestras inícuas potestades?  
¿Qué son entre nosotros ¡ay!... las leyes?  
Un cúmulo soberbio de maldades  
al trono suben ya del Rey de reyes  
y hundirle no pudiendo bajan luego  
rechazadas aquí, llenas de fuego.

Yo he visto una mujer esplendorosa  
que de un sepulcro cándido salía,  
y su divina faz de nieve y rosa  
era mas bella que el fulgor del día,  
y esta deidad tan pura y tan hermosa  
es la reina que Alá del cielo envía  
al dichoso cristiano y ella en nombre  
del que formó la luz dirige al hombre.

Su ardiente corazón es una llama  
y sus ojos dos lágrimas divinas  
que la inmensa bondad tierna derrama  
desde las altas cumbres diamantinas:  
es el amor que el Santo Amor inflama  
y bajando entre nubes purpurinas,  
Pelicano de Dios, raro portento  
su propio corazón da en alimento.

Ella las puras lágrimas tomando  
que vierten los humanos pecadores  
hace nacer al cielo revolando  
en el divino Eden, nítidas flores,  
y como nube cándida bajando  
de los montes de eternos resplandores  
con su lluvia feliz hace fecundo  
en toda su extensión al triste mundo.

Oye mi voz, oh Córdoba, despierta,  
rompe por fin el yugo del tirano,  
teme al alto Señor y vive alerta  
sin desoir su acento soberano,  
que el prepotente Dios llama á la puerta  
de cada corazón con blanda mano  
y guarda solamente sus enojos  
para el que pone al pecho mil cerrojos.

«¡C alla traidor!... entonces le gritaron  
de unas partes y de otras «muera, muera  
que quizá los cristianos le pagaron  
para que esas palabras nos dijera»  
y los cervos alfanjes desnudaron  
con tremendo furor, con saña fiera;

y entonces el augur, firme, inflexible  
así dijo con júbilo increíble:

«Yo soy cristiano, sí, Dios ha querido  
iluminar mi pobre entendimiento  
y por el hombre Dios que ha padecido  
quiero yo padecer: dadme tormento.  
Gracias, Señor, que al fin me has concedido  
tu santo amor en mi postrer momento:  
derrama pues tus luces en los ojos  
del que placer me dá por darme enojos.»

No mas habló el anciano é inclinando  
la iluminada frente pensadora  
á un sablazo feroz cayó rodando  
la cabeza de nieve brilladora:  
la sangre de la víctima humeando  
á la región subió, relumbradora  
y apesar de su lloro y su martirio  
el pueblo no salió de su delirio.

. . . . .

Y la luz entre tanto desaparece,  
y luego entre flotantes arreboles  
la bella Aurora lánguida se mece,  
y van pasando así soles y soles,  
y el tremendo combate permanece  
y lidian los valientes españoles  
sin que el inmenso ejército africano  
pueda domar valor tan soberano.

¡Ay de aquellos guerreros valerosos  
que en honor de su Dios con brazo fuerte

luchan y luchan sin cesar briosos  
ya casi en brazos de la triste muerte!  
Pero no, que los cielos poderosos  
marcando sus caminos á la muerte  
ya les preparan plácida victoria  
desde la cumbre eterna de la gloria.

## CANTO QUINTO

### SUMARIO

Trono de Dios en el cielo.—Su poder, su grandeza, su gloria, sus maravillas.—Inteligencias celestiales que le asisten.—La Trinidad.—La Religión; la Iglesia se presenta ante el Dios-hombre y le pide de nuevo el triunfo para los cristianos.—Palabras del Salvador de los hombres.—Concierto de toda la naturaleza.—La Religión se presenta ante el rey San Fernando y de nuevo anuncia la protección de Dios en la guerra.—Nuevas visiones del rey Fernando que se prepara á los combates.

Entre bellos purísimos fulgores,  
entre aromas y nubes trasparentes,  
sobre tronos de luz relumbradores  
mas que un sin fin de soles refulgentes  
el Supremo Señor de los señores  
principio y fin de todos los vivientes  
en medio el mar de su grandeza brilla,  
en ese mar sin fondo y sin orilla.

Humíllate, voluble pensamiento  
antes que el vuelo á la región levantes  
donde brilla tu Dios: débil acento  
gime, solloza, túrbate y no cantes:

corazón que de amor puro sediento  
subes á las mansiones coruscantes  
tiembla, desmaya, póstrate, sucumbe,  
antes que el trueno de la gloria zumbe.

El Señor en las cumbres inmortales,  
de las creaciones en la eterna cima  
sobre estrellas y estrellas celestiales,  
sobre soles y soles se sublima:  
á sus pies los querubes divinales  
beben la pura luz que los anima  
y el soberano Dios en su grandeza  
los deleita mostrando su belleza.

Los infinitos brazos estendiendo  
toda la inmensidad á un tiempo toca:  
los astros fulguerosos van saliendo  
como ligeras chispas de su boca  
y en éxtasis de amor la faz cubriendo  
su trono inmoble cual eterna roca  
mil ángeles purísimos rodean  
y en celebrar su gloria se recrean.

Un átomo tan solo de la lumbre  
que ardiente ciñe su corona clara,  
el reflejo no mas ó la vislumbre  
cien y mil y mil mundos abrasara:  
al alto cielo la suprema cumbre  
se arrodilla á sus pies: fúlgida el ara  
que cerca luce de su trono inmenso  
se baña en mares de divino incienso.

Los querubes celebran su grandeza  
de truenos mil con el pujante tono,

del aura con la dulce gentileza  
la suavidad y el mágico abandono  
sintiendo desmayar su fortaleza  
al áureo pie del coruscante trono  
de aquel que de la nada los sacara  
y en torrentes de fuego los bañara.

Diamantes, luz, perfumes deliciosos,  
bendiciones y gloria soberana,  
del querub los cantares amorosos,  
la luz divina de eternal mañana,  
las llamas de los pechos generosos,  
el dulce nectar que á torrentes mana  
del santo corazón que en Dios espira  
todo á las plantas del Eterno gira.

Amor, dulces encantos, alegría,  
ciencia, virtud, sabrosas emociones,  
paz, esplendor, bellezas, armonía,  
luz, perfumes, cantares, ilusiones,  
cuanto alhaga, enamora y extasía,  
cuanto puede saciar los corazones  
todo allí se percibe en un momento,  
en una sola voz y un pensamiento.

Con matices de flores ostentosos  
orlan su pie pintadas primaveras  
y millares de soles fulgorosos  
ruedan allí cual sombras pasajeras;  
de la faz á los rayos luminosos  
sucumben las altísimas esferas,  
se ennegrece la luz, el sol se hunde  
y la vista del ángel se confunde.

Y la luz de faz es más hermosa  
cien y cien veces que de Aurora bella  
el puro esmalte de azucena y rosa  
que en el Oriente nítido descuella;  
más suave, gentil y deliciosa  
que el cándido fulgor del alba estrella  
y mas clara y ardiente que la lumbre  
que vierte el sol desde la etérea cumbre.

En el fondo del ser, en el profundo  
seno del pensamiento centellea  
y alumbra el alma y esclarece el mundo  
y en sus oscuros antros alborea,  
germeu universal, vivo y fecundo,  
puro principio de la humana idea  
á quien da el ser, modela, inspira, rije,  
sustenta siempre y sin cesar dirige.

De esta luz bella, celestial, divina,  
el rayo brillador en un momento  
los inmensos espacios ilumina  
que en siglos mil corriera el pensamiento  
y desde la alta esfera diamantina  
á la región profunda del tormento  
por todo el universo se derrama  
y en hebras de zafir se desparrama.

Es un sol que en sus vívidos reflejos  
riela retratando su figura:  
esplendoroso sol que sus espejos  
halla en las ondas de su lumbre pura  
y en vivas llamas fúlgidas de lejos  
prendado vuelve al fin de su hermosura

y en su propia grandeza se estasía  
y encuentran su placer y su alegría.

Sin este sol de soles no hay belleza  
vida ni luz ni goces amorosos  
y pierde su esplendor uaturaleza  
y se nublan los astros fulguerosos  
y sólo quedan sombras y tristeza  
y lloros y gemidos angustiosos  
sin que un solo vestigio de esperanza  
se pueda divisar en lontananza.

De mundos mil y mil encantadores  
astros sin fin é innumerables cielos  
entre aquellos dorados resplandores  
figuran los magníficos modelos,  
y cercada de lúgubres vapores  
las criaturas brotar de entre los hielos  
ven de la nada la radiosa llama.  
de su ser que el eterno sol inflama.

. . . . .  
De pronto la mujer esplendorosa  
que en su místico sueño vió Fernando  
sobre nube de incienso luminosa  
atravesó los cielos revolando  
y del trono á los pies la faz hermosa  
entre sus puras manos ocultando,  
postrada con desmayo, con temblores  
al amor adoró de los amores.

El Verbo entonces que sentado estaba  
á la diestra del Padre omnipotente

y con amantes ojos contemplaba  
 á la divina esposa reverente  
 al mirar el temblor que devoraba  
 su dulcísimo seno trasparente  
 levantando su mano la bendijo  
 y con plácida voz así la dijo :

«¿Porqué te cubres y apenada lloras,  
 paloma celestial, amada mía?  
 ¿Cual es tu turbación? ¿Quizás ignoras  
 que tengo en tí mi gozo y alegría?  
 ¿Qué pretendes de mí? ¿Qué bien imploras,  
 esposa de la luz; reina del día?  
 sube á mis dulces brazos, tu que eres  
 la más bella de todas las mujeres.»

»Padre, Señor y Esposo soberano,  
 con angustiada voz clamó la triste,  
 ¿no ves á tu rival con fiera mano  
 cual me cercena el reino que me diste?  
 Y triunfara!... ¡y habrá corrido en vano  
 la sacrosanta sangre que vertiste!  
 No... ¡jamás!... no, que tu eres poderoso  
 y me amas ¿no es verdad divino Esposo?»

»Dame, Señor, tu victoriosa espada  
 y pelear concédeme en tu nombre:  
 dame alguna victoria señalada  
 que reanime la fe débil del hombre  
 y mi ejército fiel con mano armada  
 del negro arcangel á la hueste asombre.  
 Dame Señor el rayo del castigo  
 y haz que caiga y mis plantas tu enemigo.»

»Pues lo pides con fe, cúmplase, sea,»  
dijo el Dios hombre que en el cielo brilla  
á esa judit que por su amor pelea  
y dióla paz gozoso en la mejilla  
«mientras pueda lucir la luz febéa  
yo guiaré con mi soplo tu barquilla:  
ve en paz: yo te prometo la victoria  
no desmayes y espera honor y gloria.»

Entonces por el cielo refulgente  
un olor se espereció, divino inmenso,  
más suave, más puro, más vehemente  
que el ámbar, que la mirra, que el incienso  
y todos los perfumes del Oriente,  
místico, celestial, mágico, intenso,  
cual de los puros labios exsalado  
del que se denomina *Oleo derramado*

á los férvidos cantos de alegría  
tembló todo el alcázar diamantino  
y las ondas de célica armonía  
pasaron cual potente torbellino,  
y en el mundo también la mar bravía,  
el mansísimo arroyo cristalino  
y las plácidas áuras del desierto  
todo se une al celestial concierto.

La radiante mujer luego volando  
bajó de la región esplendorosa  
y á los ojos mostróse de Fernando  
entre nubes de nácar y de rosa.  
El héroe que tranquilo iba marchando  
á la tremenda lucha portentosa

al ver á la deidad cayó de hinojos  
vertiendo á mares llanto de sus ojos.

«Vuela, Fernando, al hórrido combate,  
vuela, no tardes, ínclito guerrero,  
que por más que el infierno se desate  
has de vencer al árabe altanero:  
no temas que la suerte te arrebathe  
gloriosos triunfos que te dá el Cordero:  
sea la Fe tu impenetrable escudo  
y lánzate á la lid que yo te ayudo.»

Dijo la bella diva y apagose  
la luz como relámpago divino  
y después poco á poco enrojeciósse  
el puro azul del éter cristalino  
y entonces por el aire distinguiósse  
en alas de violento torbellino  
una gran multitud de hombres de fuego  
que al sol volaban con arrojo ciego.

Más una bestia que del sol caía  
de azufre llena con furor ruiendo  
mil mónstruos de su boca despedía  
negros y sucios que en turbión horrendo  
rápidos revolaban á porfía  
á los osados hombres persiguiendo  
sin que estos puedan contener la plaga  
que al orbe todo devorar amaga.

Por la boca y los ojos penetrando  
mil pequeños insectos asquerosos,  
con negro diente el corazón rasgando,  
y la hiel de sus labios ponzoñosos

dentro de las entrañas destilando  
de los fuertes varones valerosos  
fué tan voraz la fiebre que encendieron  
en estos que unos á otros se batieron.

Y al fin un angel que del éter puro  
bajó de fuego con purpúreas alas  
con poderoso místico conjuro  
lanzó á la bestia áureas salas,  
y aquellos hombres que salvar el muro  
de los cielos con bélicas escalas  
pensaron en su ardiente fanatismo  
también cayeron al profundo abismo.

Después la inmensa esfera cristalina  
recobró su fulgor resplandeciente  
y el rey Fernando con la luz divina  
descendida al espacio de su mente  
en esta aparición tan peregrina  
descubriendo el sentido claramente  
voló al combate con inmenso anhelo  
mirando al triunfo ya bajar del cielo.

## CANTO SEXTO

### SUMARIO

Estancia de Aben-Hut.—Sus placeres.—Alonso Suárez.—Pláticas de Aben-Hut con Zaida.—Retirase el monarca y después penetra Abderrahman y habla con la mora.—Ocúltase.—Penetra de nuevo Aben-Hut y es asesinado. En su postrer momento ahoga á Zaida entre sus brazos.—La Traición.—Siguiendo sus infernales instintos ayudó á realizar los planes de la Providencia.

En un salón magnífico y dorado  
do el genio del placer mágico juega

y entre nubes balsámicas llevado  
en dulce languidez el alma aniega,  
el monarca Aben-Hut aposentado  
á la molicie vil el pecho entrega  
sintiendo en inefable encantamiento  
poco á poco morir su pensamiento.

Cual esas aéreas formas deleitosas  
que en el umbral de la región del sueño  
sus áureas puertas abren y amorosas  
brindan al alma plácido beleño.  
á los ojos de Aben en vaporosas  
vagas cohortes de esplendor risueño  
nacaradas brillantes ilusiones  
revolando pasaban á millones.

Más luego en alas de la suerte ingrata  
su encanto á deshacer un hombre vino  
cual las perladas hojas arrebató  
de la flor el violento torbellino:  
el mas horrendo miedo se retrata  
de aquel hombre en la faz y el granadino  
monarca que en su pecho le maldice  
con colérica voz "*Habla*... le dice:

—«¡Oh Señor! por servir á tu grandeza  
contesta, de Fernando recorría  
las filas y al mirar su fortaleza  
por tí mi corazón se entristecía.  
¡Oh que valor... que bélica presteza!  
nunca ejército ví de tal valía.  
Rehusa ir de Córdoba al amparo  
y no intentes pagar tu arrojo caro.

Era este Alonso Suárez, caballero  
al que negó Fernando el beneficio  
de habitar en su patria y que altanero  
tomó venganza yéndose al servicio  
del moro; más buscaba ya el sendero  
de hacer al castellano un buen oficio  
para que de su celo y eficacia  
prendado el rey tornárale su gracia.

Con este fin al árabe propuso  
las huestes explorar de su adversario  
y de un arte traidor haciendo uso  
engrandeció las fuerzas del contrario.  
en su saber así Dios lo dispuso  
y este hombre del abismo tributario  
de la traición el dardo en su despecho  
lanzó por fin de Satanás al pecho.

Solo el muelle placer trono tenía  
dentro del seno del magnate moro:  
solo el blando deleite le traía  
ensueños dulces en sus alas de oro.  
Embriagado Aben-Hut no percibía  
el eco de su orgullo que sonoro  
mil veces con poder incontrastable  
le condujo á la lucha formidable.

Un eden, un eden hermoso espero  
si llego á sucumbir ¡dura es la guerra!  
oh, y eden por eden casi prefiero  
este que gozo aquí sobre la tierra.  
Alá te guarde, noble caballero,  
vete en paz, vete en paz: mi pecho cierra

hoy el placer, á la emoción fogosa  
que conduce á la lucha pavorosa.

Poco tiempo después una sultana  
de magnéticos ojos chispeantes  
y de mejillas fúlgidas de grana,  
cargada de carbunclos y diamantes,  
cual una bella tentación liviana  
vestida de relámpagos brillantes  
al monarca Aben-Hut embellecía  
las horas de pereza en que vivía.

«¡Oh!... como junto á tí de amor perdido,  
dijo Aben entre lángido y risueño,  
la guerra y la ambición doy al olvido  
y un paraiso deleitoso sueño.  
Dime ¿de qué región has descendido,  
hermosa Hurí, mi soberano dueño?  
¡Ah!... ven... ven y de mí nunca te apartes  
que yo habré de seguirte á todas partes.

»Si al alcázar subieses de la Aurora  
los cielos por seguirte escalaría,  
ó al águila del éter brilladora  
las espléndidas alas pediría:  
si á la negra región abrasadora  
bajases en el antro me hundiría  
que doquiera que estés mi bien, mi anhelo,  
allí tendré mis dichas y mi cielo.

»Ven: yo levantaré ricos palacios  
de marmol blanco con techumbre de oro  
que á los azules diáfanos espacios  
lleven la pompa de mi reino moro,

y entre zafir, diamantes y topacios  
la perla habitará que ardiente adoro,  
y haré que el sol descienda de su cumbre  
y que vierta á tus pies su clara lumbré.»

—«¿Porqué me miente así tu boca impura,  
respondió desdeñosa la sultana,  
si después de un momento de ternura  
mi pobre amor olvidarás mañana?  
¿Porqué, si yo sé bien que mi hermosura  
es para tí como la flor galana  
que hoy buscas con afán en tus pensiles  
y que arrojas mañana entre reptiles?»

—«Falte la pura luz, falte á mis ojos,  
cubran mi alma las sombras de la muerte  
antes que yo te dé tales enojos  
y prepare á tu amor tan fiera suerte.  
¿Quieres ver á tu Rey puesto de hinojos  
una real corona prometerte?  
¿Quieres riquezas, glorias, esplendores,  
placeres, libertad, poder y honores?»

—«No: tu amor es el bien que sólo espero,  
tu amor y nada más, ¡oh dueño mío!  
tu ardiente corazón, noble y guerrero,  
y en cambio yo te ofrezco mi albedrío,» —  
dijo la Hurí, y en su semblante artero  
reflejóse un amante desvarío,  
mientras absorto Aben la contemplaba  
y en sus ojos de fuego se abrasaba.

—«Calla, divina Hurí, mi bien, mi gloria,—  
exclamó con ardor el mahometano—

que pierdo mi razón y mi memoria  
al escuchar tu acento soberano.  
Déjame ir en pos de la victoria  
para poner mil cetros en tu mano  
y mil y mil espléndidas diademas  
sobre esos ojos conque el alma quemas.»

—«¡No te vayas jamás!... Oyeme, advierte  
que tu vida es la vida de tu amada.  
¿Por qué quieres buscar horrenda muerte  
en medio de la lid? ¡Oh desdichada  
de mí! ¡Cuán cruda, cuán tirana suerte  
me espera si es tu sangre derramada,  
que entonces este reino de perfidias  
la hiel me hará probar de sus envidias!

—«¿Qué dices, bella Huri? No: desde ahora  
tuyo ha de ser mi reino poderoso,  
y tú serás mi amor y mi señora  
y yo seré tu esclavo venturoso.  
Déjame ir, sultana seductora,  
á prevenir mi ejército brioso  
para que todo, todo te obedezca  
y nadie contra tí ya prevalezca.»

Hablaron en voz baja unos instantes,  
y después el monarca su contento  
mostrando en sus pupilas chispeantes,  
con presteza salió del aposento,  
mientras la hermosa Huri, cuyos radiantes  
bellos ojos su negro pensamiento  
velaban, con cautela misteriosa  
se paseaba inquieta y afanosa.

Así dos largas horas se pasaron  
sin que sonara el más ligero ruido,  
y de la Hurí los ojos devoraron  
las sombras sin cesar: luego en su oído  
unos pasos briosos resonaron  
y al fin de acero fúlgido vestido  
púsose Abderrahmán ante la bella  
y de aquesta manera habló con ella:

—«Al fin el Rey me nombra su caudillo;  
no hay nada que temer; ¿por qué te apuras?  
Para tí, Zaida hermosa, será el brillo  
del reino y de la corte las dulzuras,—  
dijo, y poniendo mano á su cuchillo  
se ocultó tras las áureas colgaduras  
que entre nubes de incienso y de pebete  
ornaban el morisco gabinete.»

En tanto que el aleve se escondía  
el monarca en la estancia presentóse  
y con hondos suspiros de alegría  
en brazos de la Hurí precipitóse.  
«Cien tronos serán tuyos, vida mía»  
dijo y su voz de júbilo extinguióse  
y perdió su razón y su sentido  
y al delirio de amor quedó rendido.

Pero en aquel momento soberano  
lánzase Abderrahman de do se oculta  
y feroz en la espalda del tirano  
su puñal agudísimo sepulta;  
mas ¡ay! es la Traición mónstruo inhumano  
que á sus alevos cómplices no indulta.

y Aben-Hut que en los ojos de la mora  
leyera en breve su intención traidora,

Irritado, colérico, bilioso  
más que antes era almibarado y tierno  
dijo á la bella: «Ven tigre rabioso,  
ven, ven conmigo, arcángel del infierno:  
yo seré tu verdugo poderoso  
en la negra región del llanto eterno:  
ven, Zaida, ¡sí! que la Traición artera  
á sus hijos también trágase fiera.

Y mientras el alma negra de los lazos  
de la materia vil se desprendía  
á Zaida ahogó entre sus fuertes brazos  
en su postrer momento de agonía:  
así tuvieron fin estos abrazos  
en que fiero Luzbel se complacía  
y la Traición así su fin horrendo  
vino á cumplir al Hacedor sirviendo.

Allí está la deidad aterradora  
viendo la sangre con afán vehemente:  
una red es su mano pensadora  
y su lengua fatal una serpiente:  
muestra la faz de nieve brilladora,  
pero guarda en el pecho fuego ardiente:  
su vestido es de cándido cordero,  
su corazón de lobo carnívero.

Engañado por ella el mahometano  
dejó de dar al cordobés ayuda  
y luego al fin bajó su férrea mano  
dobló muriendo la cervíz sañuda,

y entre tanto el monarca castellano  
 á Córdoba batió con mano ruda.  
 Así, pues, la Traición abrió camino  
 al plan hermoso del saber divino.

## CANTO SÉPTIMO

### SUMARIO

La guerra.—Preparativos para la Conquista.—Combates.—Pavor misterioso de los cristianos.—Desátanse las furias del abismo para combatirlos.—El Rey San Fernando se pone en oración y logra de nuevo los auxilios divinos.—Valor y triunfos de los cristianos.—Combate entre las potestades de la luz y de las tinieblas.—Derrota de éstas últimas.—Prosigue el asedio de la ciudad.—Los moros al fin, sin esperanza de ser socorridos, ofrecen entregarse bajo de ciertas condiciones.—La soberbia y la discordia que reinan entre ellos les impiden aceptar al principio las suaves condiciones que dicta Fernando.—Rinden al fin la plaza, sin conservar otro cosa que vida y libertad.—Su salida de Córdoba entre llantos y amargura.—Entrada triunfal de los cristianos en esta ciudad.

¡Oh destructora furibunda guerra,  
 pavorosa deidad á quien destina  
 el cielo á derramar sobre la tierra  
 el cáliz de la cólera divina!  
 Desdichado de aquél á quien aterra  
 tu durísima mano diamantina:  
 desdichado mil veces del que ignora  
 quien enciende tu espada abrasadora.

Dichoso el pueblo honesto que entregado  
 á más dulces y plácidas faenas,  
 de la paz en el seno regalado  
 ignora ¡oh guerra!... tus amargas penas.

Desdichado mil veces, desdichado  
del pueblo que entre bárbaras cadenas  
cual un tigre es llevado por su dueño  
sangre á verter con infernal empeño.

Dichoso el adalid á quien inflama  
sólo el amor de Dios, sólo su gloria,  
sin que el vano renombre de la fama  
le engañe, ni el laurel de la victoria:  
dichoso aquel que por su Dios derrama  
su sangre con valor, aunque la historia  
su nombre para siempre deje hundido  
en la lóbrega tumba del olvido.

Córdoba, la ciudad encantadora  
á cuyos pies serena se desliza  
del Bétis la corriente serpeadora  
que el aura leve suspirando riza,  
al soplo de la guerra destructora  
quizá un montón sea pronto de ceniza,  
y entre la triste sangre que la inunda  
con sus recuerdos célebres se hunda.

La tremebunda lucha se prepara  
entre fiestas y dulces regocijos,  
y con lazos de amor al pie del ara  
la santa Religión une á sus hijos.  
Armada allí de su potente vara,  
en la hueste de Dios sus ojos fijos,  
la fe conforta, el ánimo recrea  
é impele el corazón á la pelea.

El Rey Fernando, valeroso y santo,  
de su ejército fiel á la cabeza,

sembrando por doquier duelo y espanto,  
recorre el muro con gentil braveza,  
y tanto es su valor, su arrojo tanto  
y son tales su acierto y su destreza,  
que parece que el cielo omnipotente  
fuego á su mano dió, luz á su mente.

En vano del abismo pavoroso  
se desatan las hórridas legiones,  
y con fiero rugir estrepitoso  
atacan á los bravos campeones,  
que el soberano cielo poderoso  
defiende sus bizarros escuadrones  
y del Señor los ángeles triunfantes  
los cubren con sus alas deslumbrantes.

La más santa mujer y la más bella  
que vió jamás el luminar del día,  
la más hermosa fulgurante estrella,  
la flor más pura que en edén lucía,  
la esposa del Amor, madre doncella  
del sol de eterna luz, la gran María,  
emperatriz del cielo refulgente,  
de las huestes cristianas marcha al frente.

Los más bravos y ardientes defensores  
de Córdoba, su apoyo y esperanza,  
cayendo van como marchitas flores  
del castellano fiel ante la lanza:  
vanos son del infierno los furores  
contra tanto valor y tal pujanza,  
que cuanto más avanza la morisma  
más de su sangre bajo el mar se abisma.

El eco de los roncros instrumentos,  
el son de las moriscas algaradas,  
los clamores, los ayes, los lamentos  
de las víctimas mil pisoteadas  
en vaga confusión turban los vientos,  
y cruzando sus ondas azuladas  
llevan al éter encumbrado y puro  
ya la súplica blanda, ya el conjuro.

Pero de pronto un miedo sobrehumano  
se esparce entre las huestes de castilla  
y se apaga su aliento soberano  
y retiembla en su brazo su cuchilla:  
en la tostada faz del mahometano  
súbito rayo sulfuroso brilla,  
fuego infernal su corazón inflama,  
arden sus ojos y su lengua brama.

El cielo seductor se entenebrece,  
el ronco trueno con furor retumba,  
el huracán desátase y parece  
que el universo todo se derrumba:  
en la luz del relámpago se mece  
alada multitud que fiera zumba  
de horrorosos espectros funerales  
y vestiglos y sombras infernales.

Aquí y allá los entes pavorosos  
infestando los aires aletean  
y entre vapores mil caliginosos  
como centellas vívidas chispean.  
Lanzando van gemidos espantosos  
que aturden á los bravos que pelean,

y con su soplo mágico fascinan  
á aquellos que por miedo no dominan.

Los árabes también embravecidos  
á la lucha se arrojan al momento,  
y de atroces conjuros y alaridos  
poblada dejan la región del viento.  
Doquiera los cristianos perseguidos  
y dispersos doquier bajo el sangriento  
morisco alfanje, ruedan á montones  
al pie de los infieles campeones.

Mas el estrago al ver el Rey Fernando,  
al cielo levantó su voz sonora  
los divinos auxilios implorando  
del que en trono de luz radiante mora  
y la oración al punto revolando  
como blanca paloma seductora,  
fuese á posar al seno de María,  
que al pie la puso del autor del día.

Entonces la deidad refulgurante  
que lleva el iris como cinto hermoso  
presentóse en el éter rutilante  
con su rico vestido luminoso,  
y á vista de su célico semblante,  
aquel horrible miedo misterioso  
que en el pecho reinó del castellano  
luego se disipó cual humo vano.

¿Visteis tal vez de la empinada cumbre  
que en vivas llamas el volcán enciende,  
en mares mil la abrasadora lumbre  
que como lluvia mágica descende

y oprime con su inmensa pesadumbre  
la campaña feraz donde se estiende  
sin dejar ni aun la más mínima huella  
de árbol ni flor en el contorno de ella,

y de tormentas mil fieras luchando  
escuchásteis los truenos retumbantes  
y el mugir de la mar al cielo alzando  
sus líquidas montañas flameantes,  
y el bramir de las trompas atronando  
los encendidos cielos retemblantes,  
y el fragor en el monte más vecino  
del terremoto y bravo torbellino?

Tal los cristianos ínclitos cayeron  
sobre las fieras huestes islamitas  
y tales los rumores se estendieron  
de las soberbias luchas inauditas.  
Los fuertes ejes célicos crugieron,  
retemblaron de espanto las malditas  
abrasadas regiones del profundo  
y su curso paró turbado el mundo.

Las furias del infierno se soltaron,  
lanzando de furor roncós rugidos,  
y los fulgidos ángeles bajaron  
á la tremenda lid apercebidos :  
todos los elementos se chocaron  
y en honda convulsión, dando gemidos,  
conmoviendo la masa de la tierra,  
parte tomaron en la cruda guerra.

Firme, fuerte, sereno, valeroso,  
sin que la duda tórbele un momento,

sin que el hórrido ejército sañoso  
que vago puebla la región del viento  
de su bélico pecho generoso  
pueda menguar el noble atrevimiento,  
sigue Fernando su triunfal carrera,  
llevando la victoria por doquiera.

En vano las potencias infernales  
temiendo á los angélicos guerreros  
el pecho de los débiles mortales  
que al Señor consagraron sus aceros  
pensaron asaltar: las celestiales  
virtudes de los nobles caballeros  
vestido habían de potente malla  
su corazón al ir á la batalla

El arcangel Miguel, bravo caudillo  
del esforzado ejército celeste,  
con espada que al sol roba su brillo  
al frente baja de la empúrea hueste.  
Creyérase mirar al descubrimiento  
de la cuna del sol hasta el Oeste  
una lluvia de soles que caía  
del alto asiento del perenne día.

*¡Quién como Dios!* entonces exclamaron  
los fuertes ardorosos campeones.  
*¡Quién como Dios!* acordes contestaron  
los bizarros divinos escuadrones  
y el éter puro rápidas cruzaron  
sus voces como truenos á millones  
los diamantinos astros conmoviendo  
y la tierra y el mar en choque horrendo.

Cual del veloz relámpago radiante  
al fulgurar la llama serpeadora  
deshecha baja en lluvia la tonante  
ennegrecida nube aterradora,  
así bajo la espada fulminante  
de la exselsa milicia brilladora  
deshechos y dispersos y batidos  
los asquerosos mónstruos maldecidos.

En horrible turbión luego cayeron  
del báratro infernal á las mansiones  
y encerrados allí de nuevo fueron  
los tenebrosos brazos campeones,  
y torrentes de lava los cubrieron  
y carcomidos huesos á montones  
sobre sus frentes fúnebres rodaron  
y víboras ardientes les cercaron.

En tanto en la ciudad más encendida  
del combate feroz arde la tea  
y de su tierra en sangre humedecida  
cada palmo es un campo de pelea;  
mas la cristiana hueste enardecida  
sobre la infiel legión se señorea  
mostrando siempre en la batalla ruda  
cuanto vale de Dios la inmensa ayuda.

Los altos fuertes muros desplomados  
á tierra poco á poco van cayendo  
y los árabes fieros asombrados  
confusos por doquier vagan huyendo  
del mágico poder de los soldados  
del rey Fernando y en turbión horrendo

la hirviente roja sangre se derrama  
y el génio de la guerra alegre brama.

Al ver los moros tan feroz matanza  
henchidos de pavor sus corazones,  
sin un solo vestigio de esperanza,  
sin valor y sin fe, sin ilusiones,  
anhelando un momento de bonanza  
trataron de ajustar las condiciones  
bajo las cuales entregar querían  
la potente ciudad que defendían.

Mas la infernal Discordia prepotente  
aun divide falaz sus voluntades,  
y la horrible Soberbia que en su mente  
imperera entre mezquinas potestades,  
atados les conduce torpemente  
oscureciendo el sol de las verdades,  
á dar en el abismo pavoroso  
do les espera funeral reposo.

Desechan al principio los humanos  
tratos con que Fernando les convida;  
mas se humillan después y los cristianos  
mas cada vez exigen, á medida  
que les ven vacilar, hasta que ufanos  
de triunfos tantos, ya solo la vida  
libre de cautiverio les conceden  
é impotentes al fin los moros ceden.

. . . . .  
. . . . .

Vedlos... ¡sí!... cabizbajos, macilentos,  
la ciudad abandonan á millares

y entre fuego y cadáveres sangrientos  
dejan sus bienes y sus pátrios lares.  
¡Escuchadlos!... sus débiles acentos  
ya no entonan dulcísimos cantares  
que su pecho infeliz en tanta pena  
con roncós ayes anheloso suena.

Con lágrimas acerbas van regando  
aquel feraz y floreciente suelo  
y con suspiros lúgubres llenando  
el inmenso viril del puro cielo.  
Adiós por siempre, dicen, remedando  
el suave murmurar del arroyuelo:  
adiós, hermoso eden, florida cuna:  
adiós, potente reino de la luna.

Y con solemne pompa conduciendo  
en hombros á la imágen vencedora,  
de la madre de Dios, con vivo estruendo  
la cristiana legión deslumbradora  
de los aires la esfera estremeciendo  
salve al cantar á la feliz Señora  
madre de Dios en eco regalado  
penetró en la ciudad que había ganado.

*Gloria á Dios, gloria á Dios*, do quier sonaba  
y á los alegres himnos parecía  
que el cielo, á donde el eco revolaba,  
con divinos acentos respondía;  
y la cruz que entre tanto coronaba  
la cúpula del templo que á María  
luego se consagró por su victoria,  
de Dios mostraba la potente gloria.

ENSAYOS DRAMÀTICOS



*El Espectro Juez*

DRAMA EN UN ACTO

## PERSONAJES

---

EL REY FELIPE II.

D.<sup>a</sup> JUANA COELLO.

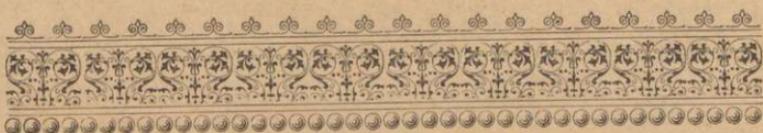
ANTONIO PÉREZ.

EL ESPECTRO DE ESCOBEDO.

ALCAIDE DEL CASTILLO, RODRIGO VÁZQUEZ.

SOLDADOS.

*La escena pasa en un castillo donde D.<sup>a</sup> Juana  
está encerrada en calidad de presa.*



# EL ESPECTRO JUEZ

## ACTO ÚNICO

Habitación humildemete amueblada al uso de la época. Puerta á la derecha que dá al exterior del castillo. Puerta á la izquierda que dá al dormitorio de D.<sup>a</sup> Juana. Puerta secreta en el fondo.

### ESCENA I.

*Doña Juana. Rodrigo Vazquez.*

RODRIGO. — ¡Siempre esquivá!

D.<sup>a</sup> JUANA. — Siempre vana  
vuestra importuna porfía  
ha de ser.

ROD. — Señora mía.

JUA. — No habladme más.

ROD. — ¡Doña Juana!

JUA. — Ya me canso de escuchar

- esa peregrina historia.
- ROD. — ¡Y yo que en vuestra memoria  
la estoy ansiando grabar!...
- JUA. — Grosero andais.
- ROD. — Otro nombre  
darme pudiérais mejor,  
doña Juana, que el amor  
jamás envilece al hombre  
y es digno de excelsa prez.  
¡Oh! Si Satanás amára,  
volviera al cielo y llegára  
á ser angel otra vez.
- JUA. — El amor, noble pasión,  
puro, dulcísimo anhelo  
que baña en la luz del cielo  
el humano corazón;  
si con el vil egoismo  
en torpe unión se confunde,  
se trueca en un fuego que hunde  
las almas en el abismo.
- ROD. — Es lástima que un tesoro  
de amor de tanta valía  
reserveis, señora mía...
- JUA. — Para su dueño.
- ROD. — ¡Deploro  
tan funesta ceguedad!  
Pudiera citar mil hechos  
en mi abono... que desechos  
tiene la infidelidad!  
Antonio Pérez, que ufano  
con los favores del Rey  
tuvo el capricho por ley...
- JUA. — No injuriadle.

Rod.

—Altivo, vano,

en molicie fastuosa  
desatentado vivía,  
y sin pensar que tenía  
un ángel, sí, por esposa  
con la de Ebolí... tal vez  
con muchas otras señoras  
de la corte largas horas  
gozó de dulce embriaguez,  
mientras vos en un retiro,  
cubierta con la aureola  
del mártir, la vida, sola  
y en prolongado suspiro  
pasábais... El su decoro  
torpe en el cielo arrastraba  
y vilmente os ultrajaba...  
á vos, á quien tanto adoro.  
Hoy el cielo, eterno amigo  
de la virtud, ya cansado  
de mirar al vicio honrado  
hace bajar el castigo  
que merece el criminal,  
y vos os poneis delante  
recibiendo con amante  
piedad el golpe fatal;  
y en tanto el ingrato, aleve,  
que en una corte extranjera  
audaz sigue la carrera  
de los vicios, aun se atreve,  
porque mucho le interesa,  
si vivís á preguntar.  
¡Tal vez se querrá casar  
con alguna otra princesa!

- JUA. —Os doy gracias. El lenguaje  
que usais conmigo...
- ROD. —Mi amor...
- JUA. —Es tal que pide mi favor  
cuando dá en cambio un ultraje.  
Si al dolor me veis sujeta  
debo tener alto fuero  
para vos, que un caballero  
mira el llanto y le respeta;  
y jamás de una señora  
hace un escarnio cruel  
cuando ella padece, y él  
quiere probar...
- ROD. —Que la adora  
con todo su corazón,  
como al imán el acero,  
como al laurel el guerrero...
- JUA. —Basta.
- ROD. —Premiad mi pasión  
que es cual el sol grande y pura,  
y sereis libre, y de vos  
y vuestros hijos ¡por Dios  
que labraré la ventura!  
Os he de salvar.
- JUA. —Mi esposo...
- ROD. —No esperéis volverle á ver.  
El Rey le quiere perder  
y es el Rey muy rencoroso.  
Debiérais mirar con miedo (Con intención)  
á Antonio Pérez... se inflama  
por otra mujer... no os ama...  
hizo matar á Escobedo!
- JUA. —Si una dama honrada y noble

jura amor ante el altar,  
 no puede nunca faltar  
 aun cuando su frente doble  
 bajo el dogal de la muerte.  
 Refrenad el loco anhelo  
 que sentís. Pedid al cielo  
 que os haga mas grande y fuerte.  
 Quien adora á la mujer  
 porque la vé digna y pura  
 ¿hallar puede gran ventura  
 si la logra envilecer?  
 ¿No marchita su ilusión  
 al estrecharla en sus brazos?  
 ¿No se arranca en mil pedazos  
 entonces el corazón?  
 ¡Ah, que es el hombre un abismo!  
 Con loco afan pone el yugo  
 á su bien y amor ¡verdugo  
 y víctima de sí mismo!  
 El que de goces sediento  
 piense en hollar su ideal,  
 ¡huya como de un puñal  
 de su propio pensamiento!  
 ROD. —Ni un átomo de esperanza?  
 JUA. —Debe el honor ser un muro  
 de bronce. (Se vá.)  
 ROD. —Pues bien, yo juro  
 que sabré tomar venganza.

## ESCENA II.

*Vázquez sólo.*

¡Despreciar mi amor!... Acaso  
 porque me dió protección

en otro tiempo... Pasión,  
 tú me ahogas... yo me abraso  
 de cólera... ¡Cuando tengo  
 en mis manos... han herido  
 mi orgullo!... Bien... concedido.  
 Hablaré... ¡qué me detengo!  
 Si pretende ella ser fiel,  
 yo me esfuerzo en ser leal:  
 sus deberes cada cual  
 cumplirá ¡voto á Luzbel!  
 ¡Ah! sin temer un reproche  
 de esa dama tan esquiva,  
 diré al Rey que alerta viva.  
 ¡Mañana... quizá esta noche!.. (Váse.)

### ESCENA III.

*Antonio Pérez entrando por la puerta secreta.*

¡Pacífica morada  
 que encierras cuanto adoro;  
 que guardas el tesoro  
 de mis hijos y esposa idolatrada;  
 recíbeme con bien; haz que un instante  
 el torvo ceño trueque la Fortuna  
 en sonrisa de amor; que su semblante  
 torne un momento su mirar sombrío  
 en compasiva espectación. Esposa  
 á quien tanto olvidé, dulce bien mío:  
 hijos á quienes solo desventuras  
 con el aire vital funesto he dado;  
 ¿dónde estais?... ¡Perdonadme!... ¡Qué áuras  
 se respiran aquí! ¡qué embalsamado

dá su aliento divino la inocencia!  
 Pero... ¡escucho un rumor!... ¿Quién se  
 [aproxima?  
 ¿Quién me amenaza?... Sólo mi conciencia.  
 Horrible es el castigo  
 del torpe delincuente:  
 do quier lleva en el pecho  
 su mayor enemigo,  
 y un juez inexorable está en su mente.  
 Mas... si me ven... si acuden... si en acecho  
 alguien está... ¡gran Dios!... Si de los brazos  
 de mis hijos me arrancan... Si me llevan  
 desde el regazo que estrechar anhelo  
 á vil suplicio, criminal inmundo,  
 como el ángel rebelde que del cielo  
 fué lanzado á las llamas del profundo...  
 ¡Ah, qué horror!.. ¡Es el Rey!... ¡Cómo resuena  
 su cavernosa voz, voz de la tumba!  
 (Escuchando.)  
 Huyamos, sí, que á su mirar de hiena  
 no hay heroico valor que no sucumba!

(Se vá por la misma puerta.)

**ESCENA IV.**

*El Rey. Rodrigo Vázquez.*

REY. —¿Quién estaba aquí?... Contesta,  
 ¿Qué te turbas?

ROD. —Señor...

REY. —Oye,

¿Tú sabes el fin que aguardan  
 en Castilla los traidores?

ROD. —Lo sé.

REY. —Pues obra en conciencia.

ROD. —Más... ¡Señor! (Se arrodilla.)

- REY. —El que te postres  
á mis piés, me prueba poco  
la lealtad de tus acciones.
- ROD. —¿Quién dáros habrá podido  
de mí tan malos informes?
- REY. —Tu propio rostro. El que mira  
con atención á los hombres,  
escritas en el semblante  
siempre lee las intenciones.
- ROD. —Yo sentía...
- REY. —Tú no debes  
sentir, no. Tus superiores  
piensen, sientan en buen hora,  
ya que así Dios lo dispone:  
son cabeza, y tú eres brazo,  
y el brazo jamás conoce  
de sus varios movimientos  
los misteriosos resortes.  
Se leal, nunca discurras  
y obedece: este es el orden
- ROD. —Bien, señor.
- REY. —Y doña Juana  
¿qué hace?
- ROD. —Llorar.
- REY. —Como el golpe  
de mi cólera sobre ella  
descargó... más... sufra, llore,  
llore á mares, ya que guarda  
tantas consideraciones  
con su esposo.
- ROD. —Naturales  
afectos.

REY.

—Pero se oponen  
á la justicia y no pueden  
ser buenos.

ROD.

—Señor, entonces  
¿amar el hijo no debe  
al padre?

REY.

—Si le anteponen  
á su Dios y Rey mal hace  
pues contribuye al desorden.

ROD.

—Verdad es.

REY.

—¿Y no se queja?

ROD.

—A veces. (Pensativo.)

REY.

—¿De mis rigores?

ROD.

—De su desgracia.

REY.

—No es leve;  
pero tú tendrás la noble  
misión de darla consuelo  
y de hacerla exhortaciones  
saludables.

ROD.

—Silencioso  
siempre la escucho.

REY.

—Tu norte  
debe ser este: «*silencio*  
*y lealtad*,» que mientras obres  
así no podrán faltarte  
mi estimación y favores.  
Ve y á doña Juana avisa  
que quiero verla.

ROD.

—Voy.

REY.

—Corre.

(Vase Rodrigo.)

## ESCENA V.

*El Rey sólo.*

Alguna pasión extraña  
Vázquez en su pecho esconde.  
¡Quién sondeará los abismos  
que abrir pueden las pasiones!  
El duda, teme, vacila  
y siempre que me responde  
antes lo piensa. Sospecho...  
¡Quiera Dios que me equivoque!  
Es preciso que sucumba  
el que vá de corte en corte  
mis secretos publicando;  
mas es el cielo de bronce  
á mis plegarias. Yo vivo  
muriendo, yo paso insomne  
las noches entre delirios  
y espantosas ilusiones.  
Apenas busco el reposo  
en mi lecho, ansiando floten  
ligeros sueños alados  
en torno á mi frente, rompe  
con su mano despiadada,  
envuelto en negros vapores  
un fantasma el velo frágil  
puesto á mis ojos, que inmóviles  
le miran... ¡es Escobedo!  
¡Sangre de su herida corre!  
¡Sangre que pide justicia!  
¡Sangre que con peso enorme  
mi alma abrumba! No, no es fácil  
que mucho tiempo soporte

una vida de tormentos  
 semejantes; los traidores  
 paguen su deuda; su muerte  
 calmar las agitaciones  
 de los espíritus pueda;  
 yo tranquilo, sin terrores  
 vivir; y fieles, sumisos,  
 sin nuevas alteraciones,  
 en paz mis buenos vasallos,  
 mis honrados españoles.  
 Pero... ¡Silencio!... ¡Cautela!...  
 porque las paredes oyen.

ESCENA VI.

*El Rey. Doña Juana (que entra.)*

- JUA. — ¡Señor! (Se arrodilla.)  
 REY. — Levántate. Vengo  
 á perdonar.  
 JUA. — Vuestro nombre  
 alabaré.  
 REY. — Mas escucha  
 primero las condiciones.  
 JUA. — ¡Señor!  
 REY. — Quiero esos papeles  
 que tú guardas.  
 JUA. — No se donde  
 los tengo... los he perdido.  
 REY. — ¿Me los niegas?  
 JUA. — Sus azotes  
 sobre mí, sobre mis hijos  
 el cielo, si miento, arroje.  
 REY. — ¿Tú quieres que yo no cumpla

un deber que Dios me impone?  
¡Malvado es también cualquiera  
que á los malvados socorre!

JUA.

—¿Qué haré yo?

REY.

—Ser obediente.

JUA.

—No puedo.

REY.

—Pues en prisiones

pasarás la vida entera  
con tus hijos: los fulgores  
nunca del sol en tus ojos  
has de ver... ¡eterna noche  
y soledad... llanto eterno  
para todos los traidores!

JUA.

—Ni la prisión que me aguarda,  
ni las cadenas que forjen  
en los profundos abismos;  
ni la sombra do se acogen  
del puro sol rechazados  
espectros aterradores;  
ni el vivir donde no escuche  
nunca las humanas voces;  
ni el pensar que sobre mí  
la bóveda se desplome  
de los cielos; es bastante  
para causarme temores;  
que quien halla su conciencia  
limpia siempre, y en Dios pone  
como yo sus esperanzas,  
no hay peligro que no arrostre,  
pena que no desafíe,  
ni vé poder que le asombre,  
y en el estrecho tugurio  
que la miseria carcome,

donde las tinieblas velan  
llantos, hambres y aficciones,  
tiene músicas, aromas,  
paz y amor y luz y flores  
y una alma libre que el éter  
con ráudas alas recorre.

REY. —Pues si vives tan dichosa  
en esta prisión no implores  
mi gracia.

JUA. —Tomad mi vida:  
mi sangre inocente borre  
los crímenes de mi esposo:  
si necesario es que inmolen  
alguna víctima, acudan  
al instante los sayones:  
arme de acero el verdugo  
su brazo espanto del orbe,  
pero soltad á mis hijos:  
muera yo, más ellos gocen  
de libertad y descanso  
bajo el sol de otras regiones.

REY. —Los pecados de los padres  
pagan los hijos.

JUA. —¡Oh pobre  
justicia humana!

REY. —Tú puedes  
redimirlos.

JUA. —¿Cómo?

REY. —Ponme

al punto de ese secreto  
en posesión. No me enojés.  
Salvarlos ó condenarlos  
solo á tí te corresponde;  
pero tu esposo ya es fuerza

- JUA. que sucumba, no lo ignores.  
—¿Qué quereis, señor, que diga?  
De la tumba helada al borde  
inquieta gimo esperando  
ver si piadosa me acoge.  
Si en vano mis juramentos,  
si estériles mis clamores  
son, no extrañad que afanosa  
las nobles sombras evoque  
de aquellos que ya no existen  
sino entre fúlgidos soles  
y en santa perenne lumbre.  
¡Cielos, sed mis defensores!  
REY. —¡Hipócrita, para Dios  
poco sirven tus ficciones!  
Vázquez.

### ESCENA VII.

*Los mismos. Vázquez (entrando.)*

VAZ. —Señor.

*(El Rey se separa algo de D.<sup>a</sup> Juana para hablar con Vázquez.)*

REY. —Yo te ordeno

que tu cuidado redobles:

que en la faz de doña Juana

nunca el sol sus rayos pose:

que ya no pueda con nadie

tener comunicaciones.

*(Váse.)*

### ESCENA VIII.

*Doña Juana. Rodrigo Vázquez.*

ROD. —Siento anunciaros lo que el Rey me  
[ordena.

- JUA. —¿Qué manda el Rey? Decidlo sin reboso.  
 ¿No mirais bien mi faz? Estoy serena.
- ROD. —Manda que os ponga en negro calabozo.
- JUA. —Sus órdenes cumplid, que yo mi pena  
 sufriré.
- ROD. —¿Sin llorar?
- JUA. —Y hasta con gozo,  
 que soy leal y obedecer me toca.
- ROD. —¡Doña Juana, por Dios, vos estais loca.
- JUA. —¿Y durará el rigor?...
- ROD. —Mucho. Hasta tanto  
 que entregeis el secreto. Vuestra ejida  
 el és, sí: ceded... ¡pronto!
- JUA. —¡Cielo santo,  
 entonces durará toda mi vida!  
 Yo no lo tengo, lo perdí.
- ROD. —Del llanto  
 y el horrible dolor en que sumida  
 estás, pienso librarte, y á eso vengo.  
 Yo lo puedo entregar, que yo lo tengo.
- JUA. —¿Vos?... ¡Por piedad... volvédmelo!
- ROD. —No esperes  
 que débil te complazca. Yo señora,  
 ansío hacerte feliz, aunque no quieres  
 serlo tú.
- JUA. —¡Dadlo ya! ¡Mirad que implora  
 una honrada mujer! (Llorando.)
- ROD. (Aparte.) —¡Oh, qué placeres  
 del abismo! Su llanto me enamora.
- JUA. —Dadme pues el depósito sagrado.
- ROD. —Lo tiene el Rey: al Rey está entregado.
- JUA. —¡Mentís!

- ROD. — Calmad esos arranques fieros  
y escuchad mis palabras.
- JUA. (Variando de tono.) — Yo confío  
en que nunca los nobles caballeros  
de engaños usan.
- ROD. — ¡No, jamás, bien mío!  
Vuelva el claro fulgor á esos luceros  
que de perlas derraman ancho río:  
parte, lleva tus hijos; sé dichosa.  
¡Yo iré como tu esclavo, Juana hermosa!  
Lejos de aquí... doquiera... en los confines  
del mundo... en los desiertos arenales  
del Africa feroz... entre ruines  
malezas... en incultos eriales,  
me ofrecerán espléndidos festines,  
tus palabras: delicias celestiales,  
tus miradas de amor; que en tí se encierra  
cuanto de bello y noble hay en la tierra.
- JUA. — ¡La cárcel, las cadenas, el verdugo!...  
Cumplid como leal. Yo resignada  
sufro el destino que á los cielos plugo  
darme, y en llanto de dolor bañada;  
mas no de la pasión sujeta al yugo:  
ya que viva infeliz, que muera honrada.
- ROD. — ¿No pides libertad? ¿Mi amor condenas?
- JUA. — Sólo puedo pedirte las cadenas.
- ROD. — ¿Y tus hijos, mujer?
- JUA. — La suerte de ellos  
queda á cargo de Dios, y Dios es justo:  
sabrà contra los hombres protejellos  
con firme brazo, con poder robusto.  
Quizás de su justicia los destellos  
mi fe iluminen, su semblante augusto

me mire con bondad, su fuerte mano  
tenga á raya el furor del soberano.

ROD. —Calla, heróica mujer, mujer sublime  
que en tanto que mas hablas más te adoro  
y en mí su sello Satanás imprime  
cuando en tí Dios derrama su tesoro.  
Ten compasión del réprobo que gime  
viendo cerca el Euen, su sueño de oro:  
teu de mi amor piedad: soy muy pequeño:  
esclavo tuyo fuí, quiero ser dueño.

JUA. —¿Qué has osado decir?

ROD. —Queya mi muerte  
miro llegar, si de tu labio puro  
no sale una palabra...

JUA. —Pero advierte...

ROD. —No puedo discurrir, yo te lo juro,  
si un claro rayo de su luz no vierte  
Dios, que ilumine mi cerebro oscuro.  
¡Tú que eres buena, generosa, santa,  
quita el dogal que oprime mi garganta!

JUA. —¡Jamás!

ROD. —Mira esta carta que el infierno  
puso en mis manos.

(Doña Juana la lee sin que Rodrigo la suelte.)

Si mi amor, altiva,  
á rechazar te atreves, ¡lloro eterno!  
pronto el Rey la verá. Si compasiva  
templas las llamas del volcán que interno  
me devora, la paz, la dulce oliva  
te ofreceré.

JUA. —¡Piedad!

ROD. Piedad no esperes.

¿Tú la tienes de mí, tú que me hieres?

JUA. ¡Ah! ¡por Dios, por el sumo Dios que mora  
sobre los astros; por tu noble padre,  
que tal vez goce de peremne aurora;  
por la honrada memoria de tu madre;  
por tus hijos, tu luz encantadora;  
por lo que más tú quieras, más te cuadre;  
desiste al fin de tan tirana idea!

ROD. (Con frialdad.)

—Soy fiel, y es justo que inflexible sea.

JUA. —¡Veré un ángel en tí: mis bendiciones  
te seguirán doquier: con llanto á mares  
alzaré siempre á Dios mis oraciones  
porque colme tus dichas: tus pesares,  
mis dolores serán: de tus acciones  
yo la Fama he de ser: donde pisares  
he de imprimir frenética mi boca!

ROD. —Servir al Rey, obedecer me toca.

JUA. —Te daré mis riquezas, que anhelando  
estás, aunque de harapos yo cubierta  
tenga tal vez que mendigar llorando  
de mis hijos el pan de puerta en puerta!  
Si no es mi honor, que vivo idolatrando  
y habré de amar hasta después de muerta,  
todo tuyo será si en el momento  
rasgas la carta.

ROD. —¡No!... tu amor... tu aliento.

JUA. —¡Miserable!... ¡traidor!

ROD. —Bien. Daré parte.  
del hecho al Rey.

JUA. —¿El ronco mar no brama  
amenazando en su furor tragarte?  
¿Sus centellas el cielo no derrama  
sobre tu frente vil? ¿Por castigarte

el universo entero no se inflama  
en fuego impuro que tu bien corone?  
¡Maldición sobre tí!

(Mudando de tono,)

—¡Dios te perdone!

(Cae el telón.)





LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

ZARZUELA EN UN ACTO

# PERSONAJES

---

DOÑA SABINA, VIUDA.

CONCHITA, SU HIJA.

DON FEDERICO.

DON ARTURO.

CLARA, CRIADA.

*La escena en Madrid, en casa  
de doña Sabina.*



# LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

---

## ZARZUELA EN UN ACTO

### Y EN VERSO

---

Sala decentemente amueblada; puerta al fondo y laterales.

#### ESCENA I.

*Clara (limpiando las sillas.)*

(Número 1.º de música.)

—Pues, señor; no aguanto más:  
no quiero servir en casa  
donde el trabajo me sobra  
y el alimento me falta.

Y á todas horas mintiendo  
 para sostener la farsa  
 de unos señores de pega,  
 que piden y á nadie pagan.  
 Todo el día buscando *primos*,  
 empeñando alguna halhaja,  
 acribillando al que fía,  
 y adelante con la trampa.  
 Y después vaya usted viendo;  
 si preguntan por el ama  
 conteste (mientras la oyen  
 hablar dentro): «No está en casa;  
 ha salido.» Y oiga luego  
 los piropos que me *lurgan*  
 de «alcahueta, encubridora»;  
 y esto los que mejor hablan;  
 que otros dicen «agua va»,  
 y echan una rociada  
 de improperios, que me ponen  
 como una ropa de pascua.  
 Pero no tardará mucho  
 que busquen otra criada,  
 que sepa hacer más papeles,  
 que yo soy...

D.<sup>a</sup> SABINA. (dentro) —¡Clara, Clara!

CLARA. —¡Y poco clara que soy!

D.<sup>a</sup> SAB. —¿Dónde te has ido, muchacha?  
 ¿No oyes que te estoy llamando?

CLARA. —Estoy limpiando la sala.  
 (¡Qué gruñona es esta vieja!)

D.<sup>a</sup> SAB. (entrando) —Es necesario que vayas  
 á la tienda de la esquina  
 y azúcar y café traigas.



## ESCENA II.

*D.<sup>a</sup> Sabina y Clara*

- CLARA. —¿Y cuándo llevo el dinero que se debe?
- D.<sup>a</sup> SAB. —Charlatana: quién te autoriza á meterte en camisa de once varas? ¿Vas á pagarlo tú acaso?
- CLARA. —Como que yo hago la trampa, era lo más natural que también fuese á pagarla.
- D.<sup>a</sup> SAB. —Como eso no es cuenta tuya, tú haces lo que te se manda, y de hoy en adelante trabaja, ve, oye y calla.
- CLARA. —Pero es cuenta del tendero, que me pone mala cara; y es que como todavía no le he llevado una blanca...
- D.<sup>a</sup> SAB. —Lo cual te debe importar mucho menos que á tu ama, y á mí se me importa un bledo.
- CLARA. —¡Pues á mí me importa, vaya! Como que voy sin dinero, muchas veces me despachan no dándome lo que pido, sino á cajas destempladas.
- D.<sup>a</sup> SAB. —Los tenderos de Madrid son la gente más canalla que el universo cobija!  
¡Jesús!
- CLARA. (ap.) —(¡Pues no sé quien habla!)
- D. SAB. —Mira, llégate allá dentro

y dí á mi yerno que haga  
el favor de darte un duro,  
y te traes lo que hace falta.

CLARA.

—¡Gran recurso!

D.<sup>a</sup> SAB.

—¿Qué murmuras?

CLARA.

Digo, que no haremos nada,  
porque está don Federico...  
(ap.) más tronado que las ratas.  
Pero en fin, se lo diré;  
yo en ello no pierdo nada. (Váse)

### ESCENA III.

*Doña Sabina sola.*

—Gracias á Dios que no oigo  
el eco de tus palabras,  
que hablas más que diez cotorras  
é incomodas más que hablas.  
¡Ay! quién pudiera vivir  
sin necesitar criadas,  
que es un castigo constante  
que atormenta á quien las paga!  
Ellas en cualquier asunto  
han de meter su cuchara;  
con todo tienen que ver:  
si una debe, si una habla,  
si se acuesta más temprano,  
si más tarde se levanta,  
si tiene muchos vestidos,  
si no tiene ropa blanca...  
Y para eso, las que tienen  
ínsulas de nobles damas,  
como á Clara le sucede,  
porque su padre llegara

de soldado á Capitán,  
que no hay quien pueda aguantarlas.  
En fin; yo quisiera ver  
la mejor... en una estampa.

#### ESCENA IV.

*Doña Sabina y Clara, que vuelve.*

- CLARA. —D. Federico me ha dicho  
que va á poner una fábrica  
de velas, que está por dos  
*idem*, hace una semana,  
y que no vaya otra vez  
con semejante embajada;  
que avise cuando esté listo  
el almuerzo, que ya tarda;  
porque tiene que salir  
y ya las once son dadas.  
Conque diga usted, ¿ahora  
qué dispone que yo haga?
- D.<sup>a</sup> SAB. —¿Pero eso te ha contestado?
- CLARA. —Con la boca de la cara;  
¿cómo se dicen las cosas?
- D.<sup>a</sup> SAB. —¡Esto solo me faltaba  
que pasar! Yo mantenerle  
sin dar un cuarto en la casa,  
sin hacer más que mandar,  
y á todo ponerle faltas;  
como el que siempre ha tenido...
- CLARA. —Poco fondo y gran fachada;  
ya lo he dicho antes de ahora,  
al fin andaluz... y basta.  
Aquí, no hay que darle vueltas,

se juntó el hambre y la gana  
de comer: el es un dije,  
todo es una pura trampa:  
debe el reloj, y las botas,  
y el sombrero de copa alta,  
la levita y el chaleco,  
y el pantalón y las gafas!

D.<sup>a</sup> SAB.

—Y cómo sabes tú eso?

CLARA.

—Porque diciéndolo estaba  
cuando á su cuarto llegué  
á ver si cuartos me daba.  
Y añadió más, si no viene  
una letra que esperaba,  
que á usted pediría dineros  
para esas y otras cuantas  
cosillas, que debe aun  
de cuando soltero estaba.

D.<sup>a</sup> SAB.

—Pues con los dineros míos  
de seguro no las paga.  
¿Pero, señor, es posible  
que así me encuentre burlada?  
¡Yo no puedo acomodarme  
á creer que se me engaña  
de este modo! El es decente,  
sus maneras, sus palabras,  
su porte, su educación...  
pero sus acciones... ¡vaya!  
si estas cosas tan de cerca  
yo misma no las tocara,  
en vez de creerlas un hecho,  
diría que eran una fábula.

CLARA.

—Pues ya se irá usted haciendo  
á ver las cosas más claras,

que este mundo es un fandango  
y un tonto el que no lo baila;  
y entre el parecer y el ser  
hay siempre tanta distancia,  
que el mismo refrán lo dice:  
«las apariencias engañan.»  
Y aquí todo es apariencia  
y si nó al tiempo, que habla  
mejor que todos los libros.

D.<sup>a</sup> SAB. —Calla, mujer, calla, calla,  
que me vas á hacer que estalle  
lo mismo que una granada.

CLARA. —Pues apunte usted de frente  
á su yerno, y arda el agua.

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Yo voy á cantar de plano,  
salga el sol por donde salga!

CLARA. —¡Ya lo creo! Más que amarilla  
ciento, una vez colorada  
dicen que vale ponerse;  
ándese usted por las ramas  
si nó, verá usted qué gusto!

D.<sup>a</sup> SAB. —Esto de la raya pasa  
y quedar no puede así;  
á mí las fuerzas me faltan;  
no tengo de que echar mano,  
las alhajas empeñadas,  
debo al tendero de enfrente,  
á la modista, la casa,  
en las tiendas de comercio,  
en el tinte y en la plaza;  
y mi hermano ni una letra  
como otras veces me manda,  
y todos quieren vivir

á costa de esta pagana;  
 mas ya se acabó el tener  
 consideración humana:  
 yo le diré á ese señor  
 el deber del que se casa.

- CLARA. (Aparte.) —El pagar sería mejor;  
 que de deber pone él cátedra.  
 D.<sup>a</sup> SAB. —Pero calla, el matrimonio,  
 que ahora mismo se levanta.

### ESCENA V.

*Dichos, Don Federico y Conchita.*

- FED. Y CON. —¡Buenos días, mamaita!  
 D.<sup>a</sup> SAB. Muy felices, prendas caras;  
 ¿habeis ya tenido á bien  
 el abandonar las sábanas?  
 ¡Cuantos trabajitos cuesta  
 esta vida tan amarga!  
 CONCH. —¿Por qué nos dice usted eso?  
 D.<sup>a</sup> SAB. —Por nada, hija, por nada.  
 CONCH. —Vaya; tiene usted unas cosas...  
 tan... no sé como...  
 D.<sup>a</sup> SAB. —¡Tan raras!...  
 FED. (& CON.) —Es un cariño agridulce  
 hijo de la confianza;  
 al menos, yo así lo creo.  
 CONCH. —Pues á mí no me hace gracia  
 la manera de decirlo.  
 D. FED. —Es que tu mamá te engaña  
 dando la miel, que la hiel  
 tan solo aparenta darla.  
 ¿Pues donde hay vida mejor

entre jente acomodada  
 que de la cama á á la mesa  
 y de la mesa á la cama?  
 La mejor luna de miel  
 teniendo una mujer guapa,  
 y una suegra tan amable,  
 y rica, prendas extrañas  
 que riñen de verse juntas,  
 y que en tu mamá se hallan.  
 ¿No es verdad, maita suegra?  
 (aparte.) Le labaremos la cara.

D.<sup>a</sup> SAB. —Cuando usted lo dice...  
 FED. (á Clara) —Chica,

ten mi ropa acepillada  
 para después del almuerzo,  
 que la necesito; ¡anda!

CLARA. —Voy allá. (ap.) (Siempre lo mismo;  
 ¡qué despotismo, caramba!)  
 (á D.<sup>a</sup> Sab. en voz baja.)  
 Animo, señora, al toro;  
 ánimo, y las cosas claras. (Váse.)

## ESCENA VI.

*Dichos, menos Clara.*

CONCH. —Mamá, yo quería almorzar  
 hoy solomillo...

D.<sup>a</sup> SAB. (Aparte.) —(¡De vaca!)

FED. (á Con.) —No has pensado mal, me gusta,  
 y unas chuletas con salsa  
 además del solomillo  
 y el café con sus tostadas.

D.<sup>a</sup> SAB. —Todo eso está muy bien;  
 pero el caso es que no hay nada;

hoy queria comer de fonda  
y así no he dispuesto en casa;  
esperaba que tu esposo  
un día nos obsequiara,  
como nos tiene ofrecido,  
y dije: pues de hoy no pasa,  
callo, y luego los sorprendo;  
si la sorpresa hace gracia...

FED. —Así es, mamá, y en ello  
me honrais con su confianza;  
yo no lo había dicho antes,  
como no he tenido carta,  
y espero que venga letra...

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Pero ya tanto se tarda,  
que ni el correo de Manila!

FED. —Qué quiere usted! Como anda  
todo en manos de escribanos,  
sus enredos y marañas  
me tienen hoy entrampado;  
pues debo hasta las alhajas,  
que le regalé á Conchita.

D.<sup>a</sup> SAB. (Aparte.) —¡Y yo las tengo empeñadas!

FED. —Por cierto que no la veo  
con ellas engalanada.

D.<sup>a</sup> SAB. (aparte á Clara) —(Hija, salva el compromiso!)

CONCH. (ap. á D.<sup>a</sup> Sabina)—Sino acierto á hallar palabra!

¡Jesús, Dios mío, qué apuro!)  
Como yo sé que te agrada  
de cualquier modo tu Concha,  
no pienso nunca en las galas.

D.<sup>a</sup> SAB. (ap.) —¡Ay! respira, corazón!

CONCH. —Mas si es tu gusto...

D.<sup>a</sup> SAB. (ap. á Concha.) —Muchacha,

¿te has empeñado en sacarme  
los colores á la cara?

D. FED. —Ya lo creo, si has de ir  
á la fonda...

D.<sup>a</sup> SAB. —Nada, nada;  
ya es tarde para arreglarse  
y está amenazando el agua;  
mejor es traer la comida  
de allí.

D. FED. —Bueno, que la traigan.  
(ap.) De cualquier modo, si iba  
yo no habría de pagarla.

D.<sup>a</sup> SAB. —Es, señor don Federico,  
que aquí el que manda paga,  
y yo no mando por ella;  
no me queda ni una blanca,  
y me encuentro, Dios lo sabe,  
de trampas acribillada.

D. FED. —Eso debe importar poco;  
¿quién hay que no tenga trampas?  
Desde que vino la moda  
de gastar las uñas largas...  
cada español es el tipo  
de la Hacienda de su patria.  
Pues si observais en política,  
es necesario unas gafas  
que impidan mirar los hechos,  
dejando ver las palabras  
de todos los hombres grandes  
honra y prez de las Españas.  
Cada día un nuevo empréstito  
realizan y á nadie pagan;

hablen las clases pasivas,  
 sino el clero ú la enseñanza.  
 Y así, enseñando el Gobierno  
 á no pagar, ¿quién nos manda  
 reparar en menudencias?  
 Voy á llamar la muchacha,  
 que avise á la fonda pronto  
 y cuatro cubiertos traigan;  
 luego veremos el modo  
 de salir de esta enramada.

- D.<sup>a</sup> SAB. —Pero irá en nombre de usted.  
 D. FED. —O de usted, es igual; ¡Clara! (llamándola)  
 (ap.) (Yo no he de pagar.) Ahí dentro  
 Te están llamando tus amas. (Váase)

### ESCENA VII.

*D.<sup>a</sup> Sabina, Conchita, Clara.*

- CLARA. —Querían ustedes algo?  
 CONCH. —Sí, mi mamá...  
 D.<sup>a</sup> SAB. —¿Quién, yo? Cáspita!  
 De parte de tu marido,  
 si sale al frente, que vaya;  
 que yo no mando á la fonda  
 así ayune una semana.  
 CLARA. (ap.) —Cuando yo digo...  
 D.<sup>a</sup> SAB. —¿Qué dices?  
 CLARA. Digo que no salgo á nada,  
 lo mande usted ó su yerno,  
 y que me voy de su casa,  
 y avisaré al inspector,  
 que me cobre mi mesada!  
 CONCH. —Clara, mujer, por la virgen,

¿qué vas á hacer? ¡No te vayas!  
Se empeñará mi vestido.

CLARA. —¡Canastos!

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Jesús me valga!

¡Qué vergüenza, qué bochorno  
y tan sólo por su causa!

(A Concha.) ¡Tu marido es un farsante,  
un trapisonda, un canalla!

CONCH. —Pero, mamá...

D.<sup>a</sup> SAB. —Pero, hija...

CONCH. —¿A qué viene eso?

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Caramba!

CONCH. —¿No veis que se está esperando  
que escriban de hoy á mañana?

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Maldito sea el correo,  
y tu marido y su casta!  
Oyendo estoy eso mismo  
hace más de dos semanas,  
y no llega ni el aviso,  
ni la letra, ni la carta!

CONCH. —Tampoco te escribe el tío,  
que otras veces te mandaba...

D.<sup>a</sup> SAB. —Si supiera lo que he hecho  
con su dinero, me ahorcaba.

CONCH. —¡Pues yo si he dado mi mano  
á Federico, guiada  
por tus consejos lo hice;  
tú decías que acomodaba,  
y como yo le quería  
y él á mí, le dí palabra,  
y nos casamos y amén!

D.<sup>a</sup> SAB. —Yo en la suya confiada  
le hablé al tratar de la boda,

para saber si contaba  
 con qué atender á los gastos  
 que el matrimonio reclama:  
 y me contestó, con aire  
 de señor de alta importancia,  
 que de su caudal y rentas  
 me suponía enterada,  
 que á él no tocaba decir...  
 que á cualquiera preguntara,  
 que eran harto conocidos  
 su nombre, caudal y casa.  
 Y como que todo el mundo  
 tanto me lo ponderaban...

- CONCH. —Y si todo eso y más dijo  
 por conseguir lo que ansiaba,  
 que era casarse conmigo,  
 ¿qué extraño es que exagerara?
- D.<sup>a</sup> SAB. —¿Conque tú, viendo su engaño  
 pérfida, me lo ocultabas?
- CONCH. —¿Qué engaño? ¿Si hasta después  
 no me ha dicho en confianza  
 que fingió gran posición  
 porque no lo despreciaras?  
 Y como tú la tenías,  
 ó al menos la aparentabas...
- D.<sup>a</sup> SAB. Yo, si este cuarto arrendé  
 tan lujoso, fué llevada  
 de la idea de dejarte  
 lo mejor acomodada,  
 logrando un buen casamiento.  
 Y como tantos me hablaban  
 en su favor, le admití  
 y ahora me encuentro engañada.

¡Vamos, si una acción tan vil  
desollándole no paga!

CLARA. (Aparte.) ¡Me alegro, bien empleado!

¡Andate á caza de gangas!

D.<sup>a</sup> SAB. Y yo soy la responsable  
de todo lo que aquí pasa;  
y vendrán los acreedores,  
y conocerán la farsa,  
y se llevarán los muebles,  
y nos echarán de casa,  
¿y después, á donde iremos  
á parar?...

CLARA. (Aparte.) —A la Posada  
del Sol, que está al aire libre  
y podreis vivir bien anchas.

CONCH. Pero, mamá, no te apures;  
yo le he oído decir á Estrada  
que por mucho que se lleven  
no pueden quitar la cama.

CLARA. (Aparte.) —(Vamos, esta dice á voces  
dónde el zapato le mata.)  
¿Con que al fin, qué se resuelve?  
se come fuera ó...

D.<sup>a</sup> SAB. —Ya nada,  
porque aquí se va armar una  
que un siglo va á ser sonada!  
¡Habrás visto bribón,  
petardista, infame, maula!  
¡Voy á sacarle los ojos  
y la lengua á ese canalla!

CLARA. (Aparte.) ¡Adios! ¡Estalló la bomba!  
¡Tiró el diablo de la manta!

CONCH. —¿Pero mamá, á qué te ofendes?

- Tú te llamas engañada,  
cuando á la verdad, nosotras  
también hemos sido falsas  
con él.
- CLARA. (Aparte.) ¿Cuando yo decía  
que esta gente era una ganga  
que no tenían uno á otro  
nadita que echarse en cara?...
- (Tocan la campanilla.)
- D.<sup>a</sup> SAB. —Llamando están á la puerta.
- CLARA. —Las visitas de ordenanza;  
los acreedores, ¿qué digo?
- D.<sup>a</sup> SAB. —Dí que estamos en la Granja,  
que hemos ido allí á pasar  
una larga temporada.
- CLARA. —¡Ay, que ganas tengo yo  
de dejar esta embajada! (Sale á abrir.)
- D.<sup>a</sup> SAB. —El alma tengo en un hilo.
- CLARA. —Doña Sabina, una carta  
para usted, que es de ultramar  
y viene certificada;  
que está esperando el cartero  
el recibo. (Doña Sabina firma el sobre y lo devuelve.)
- D.<sup>a</sup> SAB. —Toma y anda;  
dí que no tengo ahora suelto.
- CLARA. (Aparte.) Ni atado.
- D.<sup>a</sup> SAB. —Y que estoy en cama. (Abriéndola)
- CONCH. —Es del tío, ¿qué te dice?
- D.<sup>a</sup> SAB. —Léela tu. (Dándole la carta)
- CONCH. (Leyendo) —«Querida hermana,  
al llegar esta á tus manos  
tal vez estaré en España;  
pues voy perdiendo la vista

y los médicos me mandan  
que si conservarla quiero  
regrese pronto á mi patria.  
Supongo habrás ya comprado  
la huerta que te encargaba  
en mi anterior.»

D.<sup>a</sup> SAB. (ap.) —¡Ya está fresco!

CONCH. (Sigue leyendo) —«Si no hubieres hecho nada  
espera á que yo regrese;  
mientras tanto á tu muchacha  
para regalo de boda  
le darás la que acompaña  
de doscientos pesos fuertes.»

(Besando la carta.) Gracias, querido tío, gracias,  
voy á á ver á Federico.

D.<sup>a</sup> SAB. —No te alborotes, acaba.

CONCH. (Sigue leyendo.) —«Que cobrarás en la calle  
del Caballero de Gracia,  
comercio de ultramarinos,  
casa de don Juan Pastrana.»

D.<sup>a</sup> SAB. —¡El tendero á quien le debo  
más de catorce semanas  
lo que nos hemos comido!

CONCH. —Pues de esto no se le paga,  
no faltaba más!

CLARA. (ap.) —¡Cabales!  
Digo, cómo arrima el ascua...

D.<sup>a</sup> SAB. —Acaba, no dice más?  
Sigue leyendo, despacha.

CONCH. —Espresiones para todos,  
fecha y firma.

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Dios me valga!  
¿Qué voy á decirle yo

cuando vuelva y no halle nada,  
y sepa que he derrochado  
su dinero en la trastada  
del dichoso casamiento,  
y que aquella decantada  
posición de tu marido  
se ha vuelto *agua de cerrajas?*

- CLARA. (ap.) Que fué á pescar un pez gordo  
y el pez le ha salido rana.  
D.<sup>a</sup> SAB. —¡Vamos, yo me vuelvo loca!

### ESCENA VIII.

*Dichos y D. Federico que vuelve.*

- D. FED. —¿Has ido á la fonda, Clara?  
CLARA. —¿Ir yo á la fonda, sin fondos...?  
D. FED. —Pues la salida me agrada;  
pídelos á tu señora,  
que es el ama de la casa.  
D.<sup>a</sup> SAB. —Ya le he dicho, caballero,  
que quien manda es el que paga;  
y usted, por lo que se vé,  
con su osadía, que espanta,  
ha venido aquí á engañarnos,  
metiéndose en esta casa,  
à mantenerse de gorra.  
D. FED. —¡Señora, de insultos basta!  
D.<sup>a</sup> SAB. —¿A dónde están los dineros  
de que tanto blasonaba,  
cuando á pedir á mi hija  
vino usted?  
CLARA. —¡Ay, Santa Bárbara!  
D. FED. —Qué sé yo? Pero supongo

que estarán .. en donde estaban.

D.<sup>a</sup> SAB. —Ha sido usted un farsante;  
un hombre vil, un...

CLARA. (Aparte.) ¡Ya escampa!

D. FED. —Señora Doña Sabina:  
¿Cómo se atreve en mi cara  
á decirme cosas tales?

Está usted equivocada,  
yo he sido aquí el engañado;  
las pruebas son las que hablan.

D.<sup>a</sup> SAB. —¿Las pruebas? ¡Usted me dijo  
que salía, y no faltaba,  
todos los días del año  
por mil reales!

D. FED. —¡Y no falta!  
Yo lo he dicho y lo sostengo,  
siempre cumplo mi palabra:  
es verdad, salgo por ellos,  
más no sé donde se hallan,  
que en la vida los encuentro;  
la culpa es de quien los guarda!  
Usted sí que un grande chasco  
me ha dado con la pantalla  
de supuesta posición,  
diciendo con petulancia:  
«tampoco con que comer  
á mi hija le hace falta.»

D.<sup>a</sup> SAB. —Sí señor, y yo no miento,  
la prueba á la vista salta:  
mire usted si está completa  
su dentadura y bien sana.

D. FED. (Ap.) En efecto, de sus dientes  
tengo pruebas señaladas.

- D.<sup>a</sup> SAB. —Y además, yo aquí he gastado  
dineros en abundancia.  
y si tengo ó no recursos,  
aquí están: lea esta carta!
- D. FED. (Leyendo.) —Es posible? ¿Mil pesetas?...  
Cuatro mil reales?... Qué ganga! (Saltando.)  
Bendito sea el tío Arturo  
y bendita sea la Habana!  
Señora doña Sabina,  
un abrazo en confianza;  
es usted lo más amable  
que he tratado. (Queriendo abrazarla).
- D.<sup>a</sup> SAB. (Rechazándolo.) —Aver, aparta,  
que yo abrazar no me dejo  
por quien tan dispuesto se halla  
á cambiar de sentimientos  
y ante el interés se arrastra!
- D. FED. —Pues qué, se figura usted  
que esta demostración franca  
de mi cariño es acaso  
por lo que el tío nos regala?  
¿Se atreve usted á creerme  
de miras interesadas?  
Esa pequeñez no cabe  
en quien tiene grande el alma.
- CLARA. (Aparte.) Para dar grandes petardos  
no hay quien tenga más audacia.
- D.<sup>a</sup> SAB. —¡Y qué cuentas de la huerta  
daré á mi hermano!
- D. FED. —Muy claras:  
que en Alcira la compró  
para irse allí á temporadas,  
y que las inundaciones

y la suscripción de marras...  
 desaparecer la hicieron  
 como la sal en el agua,  
 y á la luna de Valencia  
 usted quedó, y ajustadas!  
 Con que un velo á lo pasa lo,  
 que siempre fué cosa rancia,  
 y miremos lo presente,  
 que es de mayor importancia.

CONCH. Lo que importa es el almuerzo;  
 ¿no tienen ustedes gana  
 de que nos desayunemos?  
 porque las horas se pasan  
 y yo no tengo el estómago  
 para estos trotes, caramba!

CLARA. (Ap.) Yo estoy como el caracol,  
 (Abriéndosele la boca.)  
 que de hambre asoma la gaita.

D. FED. —Pues vamos allá, arreglarse  
 y á la fonda.

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Pues... me agrada;  
 qué pronto encuentra las cosas  
 tu Federico arregladas!

D. FED. —¿Qué inconveniente hay en ello?

D.<sup>a</sup> SAB. —Uno que á impedirlo basta.

D. FED. —Yo no adivino... ¿cual es?

D.<sup>a</sup> SAB. —Que la letra está girada  
 á uno de mis acreedores.

D. FED. —¡Eso muy facil se salva:  
 se endosa con un descuento  
 y luego allá se las hayan!

D.<sup>a</sup> SAB. —Pero vendrán á cobrarme.

D. FED. —Nos mudamos de la casa;

- nos vamos á Chamberí,  
lejos, ó al campo de guardias.
- D.<sup>a</sup> SAB. —Y mientras, viene mi hermano,  
y nos busca por el mapa.
- D. FED. —Todo tiene buen arreglo;  
mientras viene ó nó, se traza  
el plan de ir entreteniendo,  
dando á todos esperanzas.  
Con que yo ya estoy andando.
- CONCH. —Yo estoy corriente.
- D.<sup>a</sup> SAB. —Y yo en marcha.
- ¡Clara, la puerta, cuidado!
- CLARA. —Váyase usted descuidada.
- D. FED. —Que á no ser á D. Arturo  
á nadie del mundo la abras.

### ESCENA IX.

*Clara sola.*

Pues, señor: esto va en grande,  
ya varían las circunstancias  
y si es cierto lo que dicen  
del hermano de mi ama,  
no es conveniente marcharse,  
que aumentarán de criadas  
y yo seré ama de llaves;  
y, si la suerte ayudara,  
quién sabe si lograría  
merecer la confianza  
del tío que es solterón  
y aunque viejo, si me entrara...  
no quedaría por mi parte;  
y esto no es ilusión vana,

que bien puede realizarse:  
yo soy jóven, soy honrada,  
y... vamos, yo me figuro  
que si una se franqueara,  
más de tres y más de cuatro  
me buscarían... la cara.

(Se oye llamar.)

Más voy que llaman: ¿quién es? (A la puerta.)

D. ART.

(Dentro.) ¿Doña Sabina de Alcántara...?

CLARA.

—Ha salido; ¿quería usted  
alguna cosa?

D. ART.

—Que abra;  
soy su hermano.

CLARA.

—¿D. Arturo?

D. ART.

Servidor de usted.

(Abre Clara y entra D. Arturo.)

## ESCENA X.

*Clara y Don Arturo.*

(Música.)

CLARA

—¡Ea, vaya;

que sea muy bien venido!  
Pase por aquí á la sala,  
podreis descansar un rato,  
mientras su señora hermana  
vuelve, que tardará poco;  
aquí tiene usted butaca.

D. ART.

—Gracias, simpática jóven,  
¿sois acaso?...

CLARA.

—La criada;  
vuestra humilde servidora.

D. ART.

—¡Pues sabes, que eres muy guapa!  
Y dime, ¿cual es tu nombre?

- CLARA. —Mil gracias; me llama Clara.  
*(Aparte.)* ¡Qué fino es! Y no es tan viejo  
 como yo me figuraba.)  
 Lisonjero pareceis.
- D. ART. —¡Es que me gustan, muchacha,  
 tus maneras, y tu porte,  
 y tu gracejo, y tu cara!  
 ¡No es lisonja!
- CLARA. —Eso decís,  
 ahora, que mirais con gafas.
- D. ART. *(Se quita las gafas.)* Y sin ellas ahora y siempre,  
 y lo mismo hoy, que mañana,  
 me gustas y si tú eres *(Acercándose á ella.)*  
 tan amable... *(En ademán de darle un abrazo.)*  
*(Música.)*
- CLARA. —¡Ea, basta!  
 ¡Mire usted, que muchas veces  
 las apariencias engañan!
- D. ART. —¿Qué quieres decir con eso?  
 No caigo...
- CLARA. —Pues se resbala  
 y está usted expuesto á caer,  
 si el equilibrio no guarda.  
 Que aquí donde usted me ve,  
 sola, si usted se propasa,  
 para defender mi honor  
 tengo dos manos y un alma...  
 que si le doy un revés  
 vuelve sin buque á la Habana.  
 ¿Qué se ha figurado usted,  
 que no hay pobres muy honradas?  
 Pues si me encuentro sirviendo,  
 porque ha tiempo no me pagan  
 mi pensión, única herencia

que con su honor me dejara  
mi buen padre; caballero,  
tenga respeto á quien habla!  
Soy hija de un capitán,  
que dió su sangre á la patria  
en el campo del honor,  
matando moros en Africa.

D. ART. —Señorita, le suplico  
me dispense, si mi audacia  
pudo ofenderla un momento

CLARA. (Ap.) —(¡Pica el anzuelo y lo traga!)

No hay de qué; pero es decir  
que si usted su amor declara  
con esa forma de ataque  
por algunos tan usada,  
debe tener entendido  
que no es la más adecuada!  
Y que aquí, cuando algún hombre  
nos pinta de amor la llama,  
no lo hace por el telégrafo,  
ni al vapor, como en la Habana.  
Siempre habrá sus escepciones,  
donde quiera cuecen habas;  
más yo suelo trasquilar  
al que á mí viene por lana.

D. ART. —Pues bien; ahora que conozco  
lo que vale vuestra alma,  
os digo que habeis logrado,  
como si há tiempo os amara,  
abrasarme en ese fuego  
que arde quien de veras ama;  
y si puedo merecer  
vuestra amable confianza,

- espero me dispenseis  
el honor de serme franca.
- CLARA. —No me fío de días claros,  
ya veis si os hablo á las claras.  
Dicen que amor repentino  
como se empieza se acaba.  
Y además su posición  
con la mía comparada...
- D. ART. —Amor entre posiciones  
no reconoce distancia;  
lo que no iguala su influjo  
nada en el mundo lo iguala.  
Y si, por no conocerme,  
no fiáis en mi palabra,  
os dotaré en diez mil pesos;  
creo haberme explicado, Clara.
- CLARA. (Ap.) —(Como yo pueda atrapar te,  
de seguro, no te escapas.)  
Bien, lo pensaré despacio.
- D. ART. Y me dareis...
- CLARA. —Esperanza  
por ahora; que importa mucho,  
si es verdad lo que me habla,  
aclarar ciertos misterios.
- D. ART. ¿Qué misterios?
- CLARA. —De esta casa,  
que según tengo entendido  
ignora usted.
- D. ART. —No sé nada...
- CLARA. —Pues si de no delatarme  
empeñais vuestra palabra...
- D. ART. Os juro que así lo haré;  
yo soy caballero, y...

CLARA.

—Basta!

Pues señor, el caso es  
 que vuestra señora hermana,  
 por lo que yo he comprendido  
 gastó lo que le mandábais  
 en modas y perifollos,  
 mucho boato, gran casa,  
 con objeto de hacer viso  
 y entrar en la aristocracia,  
 casando á su hija Conchita  
 con un hombre de importancia;  
 pero no hay tales carneros;  
 los dos creyeron *lograrla*,  
 se lucidos uno y otro  
 por la pompa que ostentaban  
 y se han dado un chasco mútuo!  
 Y hoy lamentan su desgracia,  
 enseñando á todo el mundo  
 con prueba evidente y práctica,  
 que el hábito no hace al monje:  
 las apariencias engañan.

D. ART. —Pues cómo, D. Federico...?

CLARA. —Don Federico!... es un sátrapa  
 con más conchas que un galápago  
*riveroño*, y más escamas  
 que un sábalo; en fin, el mozo  
 es un prodigio, una alhaja!

D. ART. —Con que, tal se han conducido?...

CLARA. —Veo que de poco se extraña,  
 pues lo mejor no lo he dicho:  
 que al descubrir la patraña  
 y al ver en puro pastel  
 sus esperanzas trocadas,

- todos en usted confían.
- D. ART. —Mal hacen; ¿en mí?... Se engañan!  
 Más bien tirar el dinero  
 que proteger á una plaga  
 de vagos y miserables,  
 que con necio orgullo labran  
 su ruina y la del prógimo!  
 ¡Antes ciegue que tal haga!  
 Verás como desvanezco  
 toditas sus esperanzas  
 en el momento que lleguen!
- CLARA. —¿Qué piensa usted hacer?
- D. ART. —Nada;  
 tú déjame obrar y á todo  
 lo que veas, oye y calla,  
 sin descubrir nuestro intento;  
 yo les haré ver ..
- CLARA. —Que llaman;  
 voy, ¿quién es?
- D. ART. —Que á mi lado  
 no está quien tan mal me paga.  
 (Voces dentro.) ¡Abre!
- CLARA. (Abriendo.) —Allí espera en la sala  
 D. Arturo.
- D.<sup>a</sup> SAB. —¿Quién, mi hermano?

### ESCENA XI.

*D. Arturo. Clara. D.<sup>a</sup> Sabina. Conchita. D. Federico.*

- ¡Querido hermano del alma! (Abrazándole.)
- CONCH. —¡Tío Arturo! (Id.)
- D. FED. (Dándole la mano.) —¡Señor de Alcántara!  
 ¡Mi querido tío político!

- D. ART. —Ola, ola, buenas alhajas.
- D. FED. —Le agradecemos su obsequio,  
y os damos por él mil gracias!
- D. ART. —No las merece.
- D.<sup>a</sup> SAB. —Dejarse  
ya de cumplidos, ea, vaya;  
cuéntanos, cómo te ha ido  
en tu viaje?
- D. ART. —¡Ay, hermana,  
más valiera no contarlo!
- D.<sup>a</sup> SAB. —Pues qué... ocurrió...
- D. FED. —Una borrasca?
- D. ART. —Desastrosa!
- CONH. —Ay! cuánto susto  
pasarías!
- D. ART. —Casi nada!  
La embarcación se fué á pique,  
y si no es por la Numancia  
que acudió en nuestro socorro  
hubiéramos ido al agua.
- D.<sup>a</sup> SAB. —Vaya por Dios; quién resiste  
desgracia sobre desgracia!
- D. ART. —Y gracias que hemos salvado  
el cuerpo; lo demás nada!  
Dos millones que traía  
en una caja de plata;  
equipaje, documentos,  
una infinidad de alhajas,  
en fin, todo se ha perdido,  
escepto lo puesto, y gracias  
que no perdimos también  
la vida en esta jornada.  
Preferible hubiera sido

- morir, á volver á España  
 en un estado aflictivo,  
 pobre, y con las cataratas...
- D.<sup>a</sup> SAB. —Pero hombre, ¿á quién se le ocurre  
 traer dos millones por agua?
- D. FED. —Eso es lo que digo yo;  
 traerlos en una caja,  
 y de Ultramar nada menos!
- D. ART. —Cuando traía la esperanza  
 de curarme y recobrar  
 la vista, todo me falta!  
 Paciencia, cómo ha de ser!
- CLARA. (ap.) Qué bien lo hila y lo ensarta!
- D.<sup>a</sup> SAB. —Pues hijo, lo siento mucho,  
 pero es aún más amarga  
 la noticia que te espera,  
 y es que yo no tengo ni agua  
 que poderte dar!
- D. ART. —Qué oigo?
- D.<sup>a</sup> SAB. —Lo dicho.
- CLARA. (ap.) Jesús, qué entrañas!
- D. ART. —Pues los dineros que yo  
 mandé para que compraras  
 una huerta, ¿dónde han ido  
 á parar?
- D.<sup>a</sup> SAB. —Yo, confiada  
 en tu caudal, y aspirando  
 á dejar bien colocada  
 á mi hija, los gasté  
 y ahora me veo entrampada,  
 porque tu señor sobrino  
 político, deslumbrada

me traía con tanto lujo,  
tanto boato y tal gala,  
que fingió una posición  
riquísima, extraordinaria,  
y sus amigos y todos  
tanto en su favor me hablaban  
que fuí víctima inocente  
de quien solo tiene trampas.

D. FED. —Yo embebido en la apariencia  
busqué mujer rica y guapa;  
y como una y otra cosa  
en la apariencia encontraba,  
fingí ser rico también,  
y me hundí en esta emboscada.

D. ART. —De modo que ambos á un tiempo  
se han dadado ustedes...

CLARA. (Aparte.) *¡Castaña!*

D.<sup>a</sup> SAB. —Ya lo ves, y sin recursos  
no es posible que en mi casa  
puedas estar, yo lo siento;  
pero...

D. ART. —¡Ya lo veo, hermana,  
me admiran tus sentimientos!  
¿Era eso lo que me amabas?  
¿Los abrazos que hace poco  
cuando llegaste me dabas?

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Qué quieres, ese es el mundo!

D. ART. —Pues ya que tu eres tan franca  
lo voy á ser yo contigo;  
oye, y en tu pecho guarda  
de la experiencia un consejo,  
quien mal anda, mal acaba.  
Tú, que ahora me juzgas pobre

y por tanto me rechazas,  
 sin obrar yo así contigo,  
 has hecho muy mal hermana.  
 No has conocido mi ardid,  
 que he fingido una desgracia,  
 para descubrir y ver  
 bien el fondo de tu alma;  
 y pues también he podido  
 ver lo que ahí dentro se guarda  
 me retiro, como quieres,  
 que así no quepo en tu casa!  
 Me iré á vivir á una fonda,  
 y allí en compañía de Clara,  
 me curaré y muy feliz  
 pasaré mi vida en calma.

D.<sup>a</sup> SAB. —Perdona, si te ofendí,  
 á qué quieres irte? ¿Y Clara,  
 sin pedirme á mí permiso  
 cómo se vá?

D. ART. —Perdonada  
 estás, hermana, por mí.

CLARA. —Porque no voy de criada.

D. ART. —Quiere ser más bien señora  
 con diez mil duros dotada  
 que seguir aquí sirviendo.

CLARA. —Va, ¿pues qué se figuraba?  
 Un hombre rico, si es noble,  
 no se prenda de las galas;  
 busca una mujer decente  
 de su gusto, y pues, se casa;  
 y así pueden ser felices  
 los dos, y ella siempre honrada,

que el que sigue otro camino,  
buscando ilusiones vanas.  
conocerá que en el mundo  
¡Las apariencias engañan!  
(Cae el telón.)





# ÍNDICE

	Páginas
Por qué te llamas Dolores.—Letrilla. . . . .	1
A D. Manuel Bretón de los Herreros. . . . .	5
A la memoria de la distinguida señora doña Rafaela Fábregues de Valdelomar, Baronesa de Fuente de Quinto. . . . .	9
La vida del campo.—Egloga. . . . .	13
A los héroes del Dos de Mayo.—Oda. . . . .	19
Un baile. . . . .	27
Un cuento de las Mil y una noches.—En el álbum de la Sra. Marquesa de la Corte. . . . .	35
A la temprana y sentida muerte de la Srta. D <sup>a</sup> Matilde González Ruano y Lu- que.—Elegía. . . . .	41
Lo imposible. . . . .	51
A Africa. . . . .	55
A Calderón.—Soneto. . . . .	60
A el Guadalquivir. . . . .	64
En la muerte de Ayala.—Las dos eterni- dades.—Soneto. . . . .	68
Misterio. . . . .	73
En el álbum de la Srta. D <sup>a</sup> Margarita Valdelomar y Fábregues. . . . .	77
La Conquista de Córdoba.—Cantos épico religiosos. . . . .	81
ENSAYOS DRAMÁTICOS.—El Espectro Juez. —Drama en un acto. . . . .	147
Las apariencias engañan.—Zarzuela en un acto y en verso. . . . .	171

